

En esta ocasion quedó casi aniquilada la especie humana. Dieron fin todas las disensiones de las naciones y cesaron todas las revoluciones. Los reyes, los pueblos y los ejércitos enemigos suspendieron sus rencoras sanguinarios, y se abrazaron poseídos de un mortal espanto. Los templos se vieron llenos de suplicantes pidiéndo, que tal vez habían blasfemado de la Divinidad por toda su vida; pero la Divinidad los absolvió por toda su parte, y al instante se publicó que todo el Océano llegaba ya á la puerta de los tiempos. En vano se subieron á la cumbre de las montañas las madres con sus niños, en vano intentó el amante hallar un abrigo para su querida en la misma gruta que le había servido de asilo para sus deleites, en vano disputaron los amigos á los osos espantados la copa de las encinas; las mismas aves, arrojadas de rama en rama por las olas que iban en aumento, cansaron inútilmente sus alas en unas llanuras de arena sin orillas. El sol, que no alumbraba mas que la muerte al través de las nubes cárdenas, se mostraba amoroado y mortecino como un enorme cadáver anegado en los cielos. Se apagaron los volcanes vomitando tumultuosas humaredas y pereció uno de los cuatro elementos, el fuego con la luz.

Se cubrió el mundo de horribles sombras, de donde salían espantos clamores, y entonces fué cuando en medio de las húmedas tinieblas se subieron á la Peña mas escarpada del globo el resto de los seres vivientes, el tigre y el cordero, el águila y la paloma, el reptil y el insecto, el hombre y la mujer; pero hasta allí mismo los siguió el Océano, que levantando al rededor de ellos su angustiosa inmensidad, hizo desaparecer el último punto de la tierra bajo sus tempestuosas soledades.

Habiendo consumado Dios su venganza, mandó á los mares volverse al abismo; la tierra se abrió por todas partes y tragó las vastas ondas. Pero el Señor quiso dejar impressa sobre el globo unas señales eternas de su cólera; los despojos del elefante de las Indias se hallaron en las regiones de la Siberia, las conchas de Magallanes quedaron sepultadas en las canteras de Francia; bancos enteros de cuerpos marinos quedaron en la cumbre de los Alpes, del monte Tauro y de las Cordilleras; y estas mismas montañas fueron los monumentos que dejó Dios en los tres mundos para manifestar su triunfo sobre los impíos, al modo que un monarca planta un trofeo en el campo donde derrotó á sus enemigos.

No contento con estos testimonios generales de su cólera pasada, sabiendo con cuánta facilidad no olvida el hombre de su degradación, multiplicó los recuerdos en su morada. El sol no tuvo por trono en la mañana, ni por cama en la noche, sino el elemento húmedo donde se apaga todos los días, como en el tiempo del diluvio. Las nubes del cielo imitaron á las olas encrespadas, á las playas ó escollos blanquecinos. Las peñas

sobre la tierra dejaron caer cataratas; la luz falzó de la luna, los vapores blancos de la tarde cubrieron con frecuencia los valles á manera de neblinas, y en los lugares mas áridos manaron sahúas de agua; las ramas se enroscaron hácia árboles, cuyas ramas se enrollaron hácia el seno de las ondas. Dos veces cada día tienden el mar de levantarse nuevamente en su cama para acometer á sus playas. Las cuevas de las montañas conservaron sordos murmullos y voces hígubres; la cima solitaria de los bosques presentó la imagen de una mar en movimiento, y el Océano pareció haber dejado sus ruidos en la profundidad de los bosques.

CAPÍTULO V.

JUVENTUD Y VEJEZ DE LA TIERRA.

Llegamos á la última objecion que se opone al sistema de Moisés acerca del origen moderno del globo. Se dice "que la tierra es una nodriza viejísima, cuyo pecho arrugado anuncia su decrepitud. Examínad sus fósiles, sus mármoles, sus granitos y sus lavas, y leeréis en ellos sus innumerables años señalados por círculos, capas ó ramos, así como los de la serpiente por el cascabel, los del caballo por su diente ó los del ciervo por sus astas."

Esta dificultad ha sido resuelta muchísimas veces por esta excelente y única respuesta: *Dios ha debido criar y sin duda crió el mundo con todas las señales de antigüedad y complemento que en él vemos.*

Es verosímil que el autor de la naturaleza formó desde luego bosques viejos y nuevos plantólos; que los animales nacieron, los unos llenos de días y los otros adornados de las gracias de la infancia. Los encinas penetrando el suelo fecundo sostenían á un mismo tiempo los nidios viejos de los cuervos y la nueva posteridad de las palomas. Gussano, crisálida y mariposa, el insecto caminó arrastrado sobre la yerba, suspendió su huevo de oro en las selvas ó floteó en el vacío de los aires. La abeja, sin embargo de no haber vivido mas que un día, contaba ya su ambrosia por generaciones de rosas. Se debe creer que la oveja no estaba sin su cordero, las aves sin sus crías, y que los arbustos ocultaban entre sus ramillas á losruiseñores admirados de cantar sus primeros trinos, calentando las frágiles esperanzas de sus primeros deleites.

Si el mundo no hubiera sido criado á un mismo tiempo jóven y viejo, lo grande, lo melancólico y lo mortal desaparecerían de la naturaleza, porque lo antiguo constituye la esencia de estos sentimientos. Cada paraje hubiera perdido sus maravillas. La Peña rimosa no hubiera estado pendiente sobre el abismo con sus largas gradas; los

1 Véase la nota 10 al fin de la obra.

bosques despojados de sus accidentes no hubieran mostrado aquel admirable desorden de árboles inclinados sobre sus tallos, de troncos encorvados sobre la corriente de los ríos y cubiertos de musgo y de yedra. Los pensamientos inspirados, los ruidos venerables, los genios, las voces encantadoras y el santo horror de los bosques, hubieran desaparecido con las bóvedas sombrías que les sirven de retiro; y las soledades de la tierra y del cielo hubieran quedado desnudas y desentencadas, perdiendo esas columnas de encinas que las unen. En el mismo día en que el Océano esparció las primeras olas sobre sus orillas, bañó también sin duda alguna los escollos gastados ya por las ondas, las playas sembradas de conchas, las bahías embravecidas, y los calcos descarnados que sostenían, contra el ímpetu de las aguas, las riberas vacilantes de la tierra.

Si esta originaria vejez, no hubiera habido pompa ni majestad en la obra del Eterno, y la naturaleza en el estado de su inocencia hubiera sido menos bella que en el estado actual de su corrupción, lo que no podía suceder. Una insípida infancia de plantas, animales y elementos hubiera coronado una tierra sin poesía; pero no dibujó Dios tan mal los bosques de Eden como lo pretenden los incredúlos. El hombre rey nació de edad de treinta años, á fin de concordar por su majestad con las antiguas grandezas de su nuevo imperio; del mismo modo que su compañera contó diez y seis primavera que no había vivido, para estar en armonía con las flores y aveillas, con la inocencia, los amores y toda la parte jóven del universo.

LIBRO QUINTO.

EXISTENCIA DE DIOS PRUBADA POR LAS MARAVILLAS DE LA NATURALEZA.

CAPÍTULO I.

ASUNTO DE ESTE LIBRO.

Réstanos examinar todavía uno de los principales dogmas del cristianismo, á saber: *el estado de las penas y premios de la otra vida.* Pero no se puede tratar esta importante materia sin hablar al mismo tiempo de las dos columnas en que se apoya el edificio de todas las religiones de la tierra, y son la existencia de Dios y la inmortalidad del alma.

Por otra parte, nos hallamos empeñados en este grande estudio por la explanación natural de nuestra materia, pues solo después de haber seguido la fe aquí abajo, es como podemos acompañarla en aquellos tabernáculos á donde se vue-

la, dejando la tierra. Observando siempre con fidelidad nuestro plan, sepárramos de las pruebas de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma las ideas abstractas, y empleáremos solamente las razones poéticas y de sentimiento, es decir, las maravillas de la naturaleza y las evidencias morales. Platon y Ciceron entre los antiguos y Clarke y Leibnitz entre los modernos han probado metafísicamente y casi geométricamente la existencia del Ser soberano.¹ Los mas grandes ingenios de todos los siglos han creído en este dogma consolador y aunque no le hayan admitido algunos sofistas, puede muy bien existir Dios sin su aprobación. Solo la muerte, á la cual pretenden reducirlo todo los ateos, es lo que necesita que se escriba en favor de sus derechos, porque tiene poca realidad para con el hombre. Déjmosla pues sus deplorables partidarios, que ni aun ellos mismos se entienden entre sí; porque si los hombres que creen en la Providencia están acordes, á lo menos en los puntos principales de su doctrina, por el contrario, aquellos que niegan al Criador no cesan de disputar entre sí acerca de los fundamentos de su nada; tienen delante de sí un abismo, y para cegarlos no les falta sino la última piedra, pero no saben de dónde tomarla. Además, hay en el error cierto vicio de naturaleza, el cual hace que cuando este error no se tambien nace, nos choca y nos subleba al momento, y de aquí provienen las interminables disputas de los ateos.

CAPÍTULO II.

ESPECTÁCULO GENERAL DEL UNIVERSO.

Hay un Dios; las yerbas de los valles y los cerdos de las montañas le bendicen, el insecto murmurilla sus alabanzas y el elefante le saluda al amanecer; las aves le cantan en medio de las ramas, el rayo manifiesta su poder y el Océano declara su inmensidad. Solo el hombre necio es el que dice: No hay Dios.

Pero es posible que no haya levantado sus ojos al cielo en sus desgracias, ni bajadoslos en su felicidad hácia la tierra? ¿Se halla tan distante de él la naturaleza, que no la haya podido contemplar, ó la cree por ventura un simple resultado de la casualidad? Pero qué casualidad ha podido obligar á una materia desordenada y rebelde á colocarse en un orden tan perfecto?

Se podría decir que el hombre es el pensamiento manifestado de Dios y que el universo es su imaginación hecha sensible. Los que han admitido de la hermosura de la naturaleza como prueba de una inteligencia superior, deberían haber reflexionado una cosa que aumenta prodigiosamente la esfera de las maravillas, y es que el movimiento y la quietud, la luz y las tinieblas, las es-

1 Véase la nota 10 al fin de la obra.

taciones, el curso de los astros que varían las decoraciones del mundo, no son sucesivos sino en la apariencia y permanentes en la realidad. La escena que se oculta á nosotros se representa en otro pueblo, de modo que no es el espectáculo, sino el espectador quien se muda. Así ha sabido Dios poner en su obra la duración absoluta y la progresiva; la primera se halla colocada en el tiempo y la segunda en la eternidad; por aquella, las gracias del universo son mas, infinitas y siempre las mismas; por esta son multiplicadas, limitadas y renovadas: sin la una no podria haber grandeza en la creación y sin la otra hubiera habido en ella monotonía.

Acá se nos manifiesta el tiempo bajo un respecto muy nterio; la menor de sus fracciones viene á ser un *todo completo* que *todo* comprende, y en el cual se modifican todas las cosas, desde la muerte de un insecto hasta el nacimiento de un mundo: cada minuto es en sí mismo una pequeña eternidad. Reuníd, pues, con vuestra imaginación en un mismo momento las mas bellas escenas de la naturaleza: suponéd que veís de una vez todas las horas del día y todas las estaciones, una mañana de primavera y de otoño, una noche sembrada de estrellas y una noche cubierta de nubes, praderías esmaltadas de flores, bosques desmenuados por las escarchas y campañas doradas con las cosechas; imaginad así, digo, y entonces podréis formar una idea exacta del espectáculo del universo. No es cosa prodigiosa que al mismo tiempo que admiráis al sol que se levanta bajo las bóvedas del Occidente, ois observar lo que va salir de las regiones de la aurora? Por qué incomprendible magia este vetusto astro, que se duerme al parecer fatigado y ardiende en el polvo de la tarde, es aquel mismo joven astro que se levanta en el propio momento humilde como el propio rocío en los blancos caminos del alba? A cada momento del día se levanta el sol, brilla en su zenit y se acuesta sobre el mundo; ó por modo de decir, nuestros sentidos son los que nos engañan, porque no tiene Oriente, Mediodía ni Occidente verdaderos. Todo se reduce á un punto fijo, desde el cual este farol del día aparece á un mismo tiempo tres luces en una sola sustancia. Este triste esplendor es tal vez lo que tiene de más bello la naturaleza; porque al mismo tiempo que nos da la idea de la perpetua magnificencia y presencia de Dios, nos hace concebir una imagen de su Trinidad gloriosa.

Acaso se puede comprender lo que sería una escena de la naturaleza si estuviere abandonada al movimiento de la materia? Obedeciendo las nubes á las leyes de la gravedad, caerían perpendicularmente sobre la tierra ó subirían piramidalmente á los aires; al momento estaría después la atmósfera muy densa ó muy enrarecida para los órganos de la respiración. Aunque la luna estuviere muy cercana ó muy distante de nosotros, sucesivamente quedaría invisible, se mani-

festaria ensangrentada, cubierta de enormes manchas, ó llenado con sola su sombra toda la bóveda celeste. Cercada de semejante trastorno, no caminaría sino sobre una línea de eclipses, ó rodando de un lado á otro, llegaría á descubrir aquella faz que no conoce la tierra. La misma turbación padecerían las estrellas, que no presentarían mas que una serie de conjunciones espantosas. Un signo del estío se vería alcanzado de repente por otro del invierno; el bobero conduciría las pléyades y el león rugiría en silencio. Allí los astros pasarían tan rápidos como el relámpago, y aquí parecerían muertos ó inmóviles; á veces se amontonarían en grupos, formando una nueva vía láctea, y después, desapareciendo todos á un tiempo y rasgando el lienzo de los mundos, como dice Tertuliano, dejarían descubiertos los abismos de la eternidad.

Sin embargo, semejantes espectáculos no espantarán á los hombres hasta que llegue aquella en que afojando Dios las riendas del universo, no necesite mas para destruirlo que abandonarlo.

CAPITULO III.

ORGANIZACION DE LOS ANIMALES Y DE LAS PLANTAS.

Descendamos de estas ideas generales á las nociones particulares; veamos si podemos descubrir en las partes de la obra esta misma sabiduría tan bien manifestada en el todo. Nos valdremos para esto del testimonio de una clase de hombres á quienes reclaman las ciencias y la humanidad, es decir, de los médicos.

El doctor Nieuwentyt en su *Tratado de la existencia de Dios* se dedicó á demostrar la realidad de las causas finales. Sin seguirle en todas las observaciones en que encontró la sabiduría de la Providencia, nos contentaremos solo con algunas de ellas.

Hablando de los cuatro elementos que considera en armonía con el hombre y la creación en general, hace ver, con respecto al aire, cómo se conservan milagrosamente nuestros cuerpos bajo una columna atmosférica, igual en su presión á un peso de veinte mil libras. Prueba el mismo autor que la mutación de una sola cualidad que se experimentara, ya sea en rarefacción ó ya en densidad, bastaría para destruir todos los seres vivientes. El aire es el que hace subir los vapores y el que retiene los líquidos en sus vasos; por sus movimientos purifica los cielos y conduce á los continentes las nubes del mar.

1 En todo lo que citamos aquí acerca del tratado de Nieuwentyt, nos hemos tomado la libertad de refundir y dar un orden de colorido á su materia. No se lo puede negar lo sabio, lo erudito y lo juicioso, pero es un poco árido. También hemos añadido algunas observaciones á las suyas.

Demuestra después la necesidad del agua por un crecido número de experimentos. ¿Quién no admirará el prodigio de este elemento al verlo subir, contra todas las leyes de la gravedad, á otro elemento mas ligero que él, á fin de darnos las lluvias y los rocios? La disposición de las montañas para hacer circular los rios, la topografía de estas mismas montañas en las islas y sobre los continentes, las aberturas de los golfos, bahías, mediterráneos y las innumerables utilidades de los mares, nada de esto se oculta á la sagacidad de aquel hombre sabio. Del mismo modo descubre la excelencia de la tierra como elemento, que sus bellas leyes como planta. Describe igualmente las ventajas del fuego y los socorros que de él ha salido sacar la industria humana.¹

Quando pasa á tratar de los animales, observa que los que nosotros llamamos domésticos, nacen precisamente con aquel grado de instinto necesario para domesticarse, al paso que los inútiles al hombre conservan siempre su natural salvaje. ¿Es por ventura la casualidad la que inspira á las bestias mansas y útiles la resolución de vivir en sociedad en medio de nuestros campos, y á las nocivas las de andar errantes y solitarias en lugares poco frecuentados? ¿Por qué no se ven rebaños de tigres conducidos por un pastor al tope de su gaita? ¿Y por qué no se divierte tampoco una colonia de leones entre los tomillos y rosales de nuestros parques, como aquellos pequeños animales de que hace mención Juan Lefontaine? Las bestias feroces nunca han podido servir mas que para tirar del carro triunfal de un hombre tan cruel como ellas mismas, ó para devorar á los cristianos en un anfiteatro; los tigres no se civilizan en la escuela de los hombres; los hombres sí que se hacen alguna vez salvajes en la escuela de los tigres.

Las aves no presentan á nuestro naturalista una materia menos interesante; sus alas, convexas por arriba y huecas por abajo, son unos remos perfectamente trazados para el elemento que deben surcar. El reyzevelo que se divierte en los cercados de espinos y arbutos, que son para él unas grandes soledades, está provisto de dos párpados que preservan á sus ojos de todo accidente. Pero ¡oh admirables fines de la naturaleza! este párpado es transparente, y el cantor de las calabazas puede bajar su maravilloso velo sin dejar de ver por eso. No quiso la Providencia que se extravara cuando llorase á su hijo la gota de agua ó el grano de mijo, ni que bajo del mar habitara una familia que se quejase de ella.

1 La física moderna hallará aquí tal vez algunos errores; sin embargo, los progresos de esta ciencia tan lejos están de trastornar las causas finales, que antes bien presentan nuevas pruebas de la bondad de la Providencia.

2 Bien conocido es aquel famoso grito del populacho romano: *¿Los cristianos echados á los leones!* V. Tert. Apoloj.

¿Y cuál es el ingenioso artista que formó los pies de las aves? No es el conjunto de músculos el que determina su voluntad inmediata ni el que les hace mantenerse firmes sobre una rama; sus pies están formados en tal disposición, que cuando se halla oprimiento en el centro ó talon, se aprietan entonces naturalmente sus dedos sobre el cuerpo que los oprime.¹ De este mecanismo resulta que las garras del ave se unen mas ó menos al objeto que las sostiene, en razon de los movimientos mas ó menos rápidos de este objeto. En el balanceo de la rama, sea que esta forceje contra el pie ó que el pie forceje contra la rama, en cualquiera de estos dos casos los dedos del ave se comprimen con mayor fuerza. A este modo, cuando á la entrada de una noche de invierno vemos á unos cuervos encaramados sobre la desnuda copa de las encinas, nos parece que estarán siempre despiertos y alerta y que no se podrán sostener en ellas sino á costa de extraordinario trabajo en medio de los torbellinos y de las nubes; pero no sucede así. Sin dárseles cuidado alguno de los peligros y en medio de las mayores tempestades, reconcilian el sueño con todos los vientos. El aguilón los estrecha mas á la rama de que pensámos iba á precipitarnos, y semejante á unos diestros pilotos cuya movable cama está colgada de los agitados mástiles de un navio, cuanto mas meciéndose se hallan con las tempestades tanto mas profundamente duermen.

Por lo que mira á la organización de los peces, su existencia sola en el elemento del agua, la mudanza relativa de su peso, en cuya virtud nadan en un agua mas ligera con la misma facilidad que en la mas pesada y bajan desde la superficie del abismo hasta lo mas profundo de sus cavernas, son unos milagros perpetuos y mas verdaderos máquinas hidrostáticas que presentan mil fenómenos por medio de una vejiga pequeña que el pez desocupa ó llena de aire cuando quiere.

También examiné curiosamente el mismo Nieuwentyt los prodigios de la floración en las plantas y el uso de las hojas y raíces. Acerca de esto hace la excelente observación de que las semillas de las plantas están dispuestas de tal modo por sus figuras y peso, que caen siempre sobre la tierra en aquella disposición en que deben brotar.

Pues si todo esto fuese efecto de la casualidad, no se variarían las causas finales alteradas alguna vez? Por qué no habia de haber peces sin la vejiga que los hace nadar? ¿por qué el terno gavián, que aun no tiene necesidad de armas, no habia de romper la cáscara de su huevo con el pico de una paloma? ¡Ah! ¡jamás se nota un descuido ni un accidente de esta especie en la obra natural! De cualquier modo que echéis los dados, presentarán siempre los mismos puntos. Ve aquí seguramente una rara fortuna; nosotros suponemos

1 Se puede sobre esto hacer la experiencia con una ave muerta.

mos que antes de sacar los mundos del seno de la eternidad, ordenó *secretamente* las suertes.

Sin embargo, hay algunos monstruos en la naturaleza, los cuales no son otra cosa que unos entes privados de algunas de sus causas finales. Es digno de atención que estos mismos entes nos inspiren un profundo horror; tan fuerte es el efecto del instinto de Dios sobre los hombres! [tan espantados se hullan cuando no ven la marca de la inteligencia divina! De estos desórdenes se ha tomado motivo para hacer una objeción contra la Providencia; pero nosotros, por el contrario, los miramos como una prueba manifiesta de esta misma Providencia. Nos parece que Dios ha permitido expresamente tales producciones de la materia para enseñarnos lo que es la creación *sin él*; es la sombra que hace resaltar la luz, y una muestra de las leyes del acaso que, según los ateos, deben haber criado al universo.

CAPÍTULO IV.

INSTINTO DE LOS ANIMALES.

Después de haber reconocido en la organización de los seres un plan regular que no se puede atribuir al acaso y presuyme un ordenador, réstano examinar solamente otras causas finales que ni son menos fecundas ni menos maravillosas que las primeras. En esto á nadie seguiremos. Habíamos consagrado á la historia natural unos estudios que jamás hubiéramos suspendido si la Providencia no la hubiese estorbado. Nuestro ánimo era oponer una *Historia natural religiosa* á todos los libros científicos modernos, en que no se halla otra cosa sino la materia; y para que no hubiesen podido echarnos en cara nuestra ignorancia, habíamos tomado el partido de viajar y verlo todo con nuestros propios ojos. Expondremos, pues, algunas de nuestras observaciones acerca de los diversos instintos de los animales y plantas, sus costumbres, emigraciones y amores, etc. El campo de la naturaleza es inagotable y siempre se hallan en él nuevas cosechas. No es en algún gabinete de historia natural ó casa de animales en donde se hallan encerrados los secretos de Dios y se aprende á conocer la sabiduría divina; es preciso haberla descubierto y reconocido en los desiertos para no dudar de su existencia. Nadie se vuelve impío de los reinos de la soledad, *regna solitudo*: ¡infeliz el viajero que después de haber dado vuelta al globo vuelve áteo á la casa de sus padres!

Nosotros visitamos en medio de la noche un pequeño valle solitario habitado por los industriosos pastores, cubierto de sombríos pinos y en donde reina el mas profundo silencio á presencia de un astro tan apacible como el pueblo cuyos trabajos iluminaba. Y ¿se pretenderá decir que en este valle no residia la Providencia, su bondad y su hermosura? ¿Quién es el que puso la escua-

dra y el nivel en el ojo de este animal, que sabe construir un dique en declive del lado de las aguas y perpendicular sobre el lado opuesto? ¿Sabeis por ventura el nombre del físico que enseñó á este singular inventor las leyes de la hidráulica y le hizo tan hábil sin otros instrumentos que sus dos dientes incisivos y su cola aplana? No pronosticó jamás Reaumur con tanta exactitud las mudanzas de las estaciones como el castor, cuyos almacenes mas ó menos abundantes manifiestan en el mes de junio la mayor ó menor duración de las heladas del invierno. ¡Ah! á fuerza de disputar á Dios sus milagros, se ha llegado á graduar de estéril la obra entera del Todopoderoso. Los ateos han pretendido entender el fuego de la naturaleza con su helado aliento, pero no han hecho mas que apagarlo, y soplando sobre el hacha de la creación, han esparcido sobre ella las tinieblas de su seno.

¡Oh maternal Providencia conservadora del universo! tú eres la que domesticas la ferocidad de la leona que alimenta sus cachorros; tú eres la que das valor á la tímida liebre, á la gallina que defiende sus polluelos; tú eres la que sobresaltas tu corazón cuando engañada con los tesoros de otro nido huye de ella su cria y corre á divertirse á una charca vecina. Asustada aquella, da continuas vueltas al redor del estanque, bate sus alas, llama á su imprudente cria, llorando unas veces con ternura y coqueando otras con autoridad; anda con precipitación, se para, vuelve la cabeza con inquietud, se avanza hasta el agua y no cesa su agitación hasta que ve unida á su seno su familia coja y mojada, que no tarda en volverla á desconolar.

Un filósofo que no quiere creer en Dios, es bien digno de compasión. Todos los instintos que el Señor del mundo ha repartido en la naturaleza desaparecen para él. Seguramente no es él á cómo los peces que huyen de las heladas del polo, vienen atravesando la soledad del Océano hasta hallar cada año el río donde se ha de celebrar su linamen. La primavera prepara en nuestras orillas la pompa nupcial; corona los sauces de verdor, extiende las camas de musgo hasta las grutas, y despliega sobre las ondas las hojas del nenúfar para que sirvan de cortinas á los lechos de cristal. Apenas se acaban estos preparativos, cuando las legiones esmaltadas vienen á contar á nuestras fuentes las magnificencias de las regiones de las tempestades. Estos navegantes extranjeros animan todas nuestras riberas; los unos, como ligeras pompillas de aire, surgen perpendicularmente desde el fondo de las aguas; los otros se balancean suavemente sobre las ondas ó se apartan de un centro comun, formando innumerables líneas doradas: estos lanzan oblicuamente sus formas resbaladizas al través del árido arenal, y aquellos duermen al rayo del sol que penetra la gasa plateada de las ondas. Todos se elevan, vuelven á juntarse, nadan, se sumergen, cir-

culan, se forman en escuadron, se separan y se reunen de nuevo, y el habitante de los mares, inspirado de aquel soplo de vida con que Dios anima á toda la naturaleza, sigue con alegría la humilla de fuego que su amante dejó para él en las ondas.

CAPÍTULO V.

DEL CANTO DE LAS AVES: DÍOSELES EN BENEFICIO DEL HOMBRE. LEY RELATIVA A LOS GRITOS DE LOS ANIMALES.

La naturaleza tiene tambien sus tiempos de solemnidad, y para ellos convoca músicos de todas las regiones del globo. Se ven acudir sabios artistas con sonatas maravillosas, vagamundos trovadores que no saben cantar sino unas pequeñas poesías con estríbillos; peregrinos que repiten infinitas veces las coplillas de sus largos cánticos. La oropéndola silba, la paloma torcaz gime, la golondrina gorjea; la primera, encaramada en las altas ramas de un olmo, desafía á nuestro oído á nuestro tordo, que en nada osten á este extranjero; la segunda, escondida entre las hojas de una cañita, prolonga sus arrullos como los undulosos sonidos de una bocina en el bosque, y la tercera hace que se perciba su gorjeo confuso, como en tiempo del buen Evandro. Entre tanto el pitirrojo repite su cancioncilla sobre la puerta de una granja donde ha colocado su grande nido de musgo; pero elruiseño se desdosa confundir su voz en medio de esta sinfonía; espera el silencio de la noche, y se encarga de aquella parte de la fiesta que debe celebrarse en las sombras.

Cuando los primeros silencios de la noche y los últimos murmullos del día luchan sobre los colodios, á las orillas de los rios, en los bosques y en los valles; cuando los bosques les suspendió sus innumerables voces; cuando no se oíente el menor suspiro de la yerba ni del musgo; cuando la luna preside en el cielo y cuando presta atención el oído del hombre, entonces es cuando el primer cantor de la creación entona sus himnos al Dios eterno: al instante pone en movimiento á los ecos con brillantes golpes de placer; no guarda orden en sus cantos; salta desde el grave al agudo, desde el piano al fuerte; hace pausas; unas veces es lento y otras vivo; es un corazón embriagado de amor que palpita bajo el peso del amor. Pero decae repentinamente su voz, calla y vuelve á empezar. ¡Qué acentos tan trocados! ¡qué melodía tan tierra! Unas veces son modulaciones lánguidas aunque variadas; otras un canto algo monótono, parecido al estríbillo de los antiguos romances franceses, obras maestras de simplicidad y melancolía. El canto es señal comunmente tanto de tristeza como de alegría: el ave que ha perdido su cria, continúa sus acentos y repite el mismo cántico que entonaba en el tiempo de su felicidad, porque no sabe mas que uno; pero

por un secreto de su arte no hace otra cosa esto intuitivo que mudar de clave, y la canción de placer se convierte en queja de dolor.

Los que pretenden desheredar al hombre y arrancarlo al imperio de la naturaleza, describirían probar que nada se hizo para él; pero esto les es imposible. El canto de las aves, por ejemplo, de tal modo está ordenado para nuestro oído, que por mas que se persiga á estos huéspedes de los bosques, por mas destrozo que se haga en sus nidos, por mas que se les moleste con armas y lazos, lo único que se podrá conseguir será llenarlos de dolor; pero no forzarlos al silencio. A pesar nuestro, es preciso que nos emblesen y que cumplan el orden de la Providencia. Aun hay mas: ellos redoblan sus conciertos al paso que nosotros aumentamos la barbarie; esclavos en nuestras casas, multiplican sus cánticos. Es preciso que se oíente alguna armonía en la desgracia, porque todos los desgraciados son inclinados al canto. Finalmente, aunque se saquen los ojos á unruiseño, conserva su voz con mas melodía; este Homero de las aves gana su vida á cantar y compone sus mas agradables tonos después que pierde la vista. «Demodoco, dice el poeta de «Chio pintándose bajo los rasgos del cantor de «los Feacios, era el favorito de la Musa; pero «esta habia mezclado para él el bien y el mal «y le habia vuelto ciego, dándole en recom- «pensa la dulzura en el cantar.»

Aquí abajo aparece el ave el verdadero emblema del cristiano. Prefiere como él la soledad al mundo, el cielo á la tierra; y todo su ser parece reducirse al corazón para amar á Dios y á la voz para cantar sus milagros.

Hay algunas leyes naturales relativas á los gritos de los animales, que hasta ahora no han sido observadas, sin embargo de que merecen serlo. Los diversos lenguajes de los huéspedes del desierto nos parecen calculados por el tamaño ó embolsado de los sitios donde viven ó por los horas del día en que se dejan ver. El rugido del león, seco, áspero y fuerte, presenta una idea de las regiones abrasadas en que se deja oír al ponerse el sol; al paso que los bramidos de ciertos buyes encantan los ecos campestres de nuestros valles. La cabra tiene en su voz algo de trémulo y de salvaje, como las peñas vacilantes en que gusta colgarse; el caballo belicoso imita el sonido agudo del clarín, y como si conociese que no ha sido criado para los afanes rústicos, calla bajo el aguijón del labrador y relincha bajo el freno del guerrero. La noche, alternativamente deliciosa ó funesta, tiene igualmente alruiseño y al buho: el uno que canta por el céfiro, las arboladas, la luna y los amantes; el otro por los vientos, los antiguos bosques, las tinieblas y los muertos. En fin, casi todos los animales carnívoros tienen un grito particular que se parece al de sus víctimas; el gavilán chillá como el conejo y maulla como los gatillos; el mismo gato

forma una especie de murmullo parecido al de los pajarrillos de nuestros jardines; el lobo bala, brama ó aulla; la zorra clamea ó grito; el tigre imita el bramido del toro, y el oso macho forma una especie de resuello espantoso, semejante al ruido que hacen los arrecifes batidos de las olas, donde busca su presa. Es muy asontrosa esta ley, y oculta tal vez un secreto terrible. Observamos que los monstruos en la humanidad siguen la ley de las bestias carnívoras. Muchos tiranos han tenido en la cara ó en la voz rasgos de sensibilidad y afectaban en lo exterior el lenguaje de aquellos desgraciados á quienes interiormente meditaban despedazar. Sin embargo, la Providencia no ha querido que seamos enteramente engañados, y á poco que se les examine de cerca, se encuentra bajo sus fingidas daluzas un aire falso y devorador, mil veces mas horroroso que su furia.

CAPITULO VI

NIDOS DE LAS AVES.

En los nidos de las aves se advierte una Providencia admirable. No se puede contemplar sin enternecimiento aquella divina bondad que da la industria al mas débil y la prevision al mas desahuciado.

Luego que los árboles echan las primeras flores, comienzan por todas partes sus trabajos una infinidad de pequeños operarios. Unos conducen pajas largas al hueco de una pared vieja, otros fabrican casillas en las ventanas de una iglesia, otros oogen la cerda de una yegua ó una vedija de lana que la oveja dejó enredada en una zarza. Hay leñadores que cruzan sus ramas pequeñas en la undulante copa de un árbol, y tambien hilanderas que recogen la seda sobre un cardo. Se levantan en los palacios, y cada palacio es un nido; en cada nido se ven transformaciones que embalsan, un hueco brillante y después un pollito cubierto de vello; este tierro polvoso va cubriéndose de pluma y su madre empujándole poco á poco á levantarse sobre el nido. Poco tiempo después se lanza sobre el borde de su cuna, desde donde echa su primera ojeada á la naturaleza. Amastado y embalsado, se arroja entre sus hermanos que no habian visto aun tan grande espectáculo; pero llamado por la voz de sus ancianos padres, sale segunda vez de su cama, y este jóven rey de los aires, que lleva aun sobre su cabeza la corona de la infancia, se atreve ya á contemplar el vasto cielo, la copa undulante de los pinos y los abismos de verdura que hay debajo de la oncina paternal. Sin embargo, mientras se regocijan los bosques mirando como su nuevo húsped intenta llevar su primer vuelo al través de los aires, una ave vieja, sintiéndose abandonada de sus alas, viene á caer cerca de una onda, donde resignada y solitaria aguarda tran-

quilamente la muerte á la orilla de aquel mismo río donde antiguamente cantaba sus amores y cuyos árboles sostienen aun su nido y su armoniosa posteridad.

Esta es la ocasion mas oportuna para reflexionar otra ley de que no han hecho mencion los naturalistas. En la clase de las aves pequeñas, sus huevos están regularmente matizados de uno de los colores dominantes del macho. El malvis anida entre los espinos, grosellas y zarzales de nuestros jardines; sus huevos son del color de pizarra, como la capa de su espalda. Nos acordamos haber hallado una vez uno de estos nidos en un rosal; se parecia á una concha de nácar con cuatro perlas azules dentro, y sobre él caía una rosa húmeda: el malvis macho estaba inmóvil sobre un arbusto vecino, como una flor de púrpura y azul. Estos objetos se representaban en el agua de un estanque con la sombra de un nogal viejo, que servia de fondo á la escena y detrás del cual se veia salir la aurora. En este cuadro nos dió Dios una idea de las gracias con que adornó á la naturaleza.

Entre los volátiles grandes, varia la ley del color de los huevos. Sospechamos que por lo general es blanco el huevo entre las aves cuyo macho tiene muchas hembras, ó entre aquellas cuya especie no tiene color fijo en sus plumas. En las clases acuáticas y de los bosques, parte de las cuales hacen sus nidos sobre los mares y las otras en las copas de árboles grandes, su huevo es commmente de un verde azulado, ó por mejor decir, teñido de los elementos de que se halla rodeado. Ciertas aves que se fijan en lo alto de las antiguas torres y en los campanarios, tienen los huevos verdes como la yedra, ó rojos como las paredes viejas que habitan. Es, pues, una ley que puede pasar por constante, que el ave manifiesta sobre su huevo la esencia de sus amores y el símbolo de sus costumbres y destinos. Con solo mirar este monumento frágil se puede decir á qué pueblo ha pertenecido, cuáles eran sus usos, costumbres y gustos; si pasaba los dias peligrosos sobre los mares, ó si, mas dichosa, disfrutaba una vida pastoril; si era doméstica ó salvaje; si habitaba en las montañas ó en los valles. El anticuario de los bosques sigue una ciencia menos equívoca que la del anticuario de las ciudades; una encina deshojada y con todos sus musgos, manifiesta mejor quien la hizo crecer que una columna arrematada el arquitecto que la construyó. Los sepulcros entre los hombres son las hojas de su historia; la naturaleza, por el contrario, no hace impresion sino sobre la vida, ni necesita de granito ni de mármol para eternizar lo que escribió. El tiempo ha consumido los fustes de los reyes de Menfis sobre sus pirámides frías; pero ha podido borrar jamás una sola letra de la

1 Así sucede á la corneja misma, etc.
2 Segun se observa en la grande lechiza, etc.

historia que el Ibis egipcio trae grabada sobre el escudron de su huevo?

CAPITULO VII.

EMIGRACIONES DE LAS AVES. AVES ACUÁTICAS: SUS COSTUMBRES. BONDAD DE LA PROVIDENCIA.

Bien conocidos son aquellos embeledadores versos de Racine el hijo acerra de las emigraciones de las aves:

Los que teniendo nuestro crudo invierno
Van á acogerse á mas templado clima,
No dejan que sorprenda entre nosotros
La rigida estación á su familia.
La marcha general queda resuelta
Por el sabor consejo y los cantillos.
El dia llegar parten; y el mas jóven
Pregunta acaso, al recorrer el sitio
Qué le vino hacer, en tal primavera
Será aquella feliz en que el destino
Nos torne á ver los paternales campos?

Hemos visto algunos desgraciados que al leer los últimos versos, no podian contener las lágrimas. Los destierros prescritos por la naturaleza no se parecen á los decretados por los hombres: Ni un momento se halla desterrada el ave sino para su felicidad: sale con sus vecinos, su padre y su madre, sus hermanos y hermanos; nada se deja atrás, lleva consigo todo su corazón. La soledad le ha preparado el alimento y cubierto los bosques no están armados contra ella. En fin, vuelve á morir en las grutas que la vieron nacer: en ellas encuentra el río, el árbol, el nido y el sol paternal. Pero el hombre arrojado de su hogar vuelve á entrar jamás en él: ¡Ah! el hombre cuando nace no puede saber qué rincón del mundo guardará sus conizas ni á qué parte las llevará el viento de la adversidad. Por feliz se podría tener si le dejaran morir tranquilo; pero desde el instante en que le acomete la desgracia, todos le persiguen, y la justicia particular de que es perseguido se convierte en una injusticia general. No halla como el ave la hospitalidad en el camino: llama á la guerra y no le abren; no encuentra donde apoyar sus huesos fatigados sino el mojon de los heredados. Muchas veces se le disputa este lugar de descanso, que colocado entre dos campos parecia no pertenecer á nadie, y se le obliga á continuar su camino hacia nuevos desiertos. La sentencia que le ha desterrado fuera de su país, parece haberle echado fuera del mundo. Muere sin tener quien le dé sepultura; su cuerpo yace abandonado sobre una pobre cama, de donde el juez se ve precisado á sacarlo como el cuerpo de un hombre, sino como una inmundicia peligrosa á los vivos. Mas feliz es cuando espira en algun foso á la orilla de un ca-

mino público, y cuando la caridad del samaritano arroja al pasar un poco de tierra sobre su cadáver. No fijemos nuestra esperanza sino en el cielo, que es el único medio de no temer el destierro; en sola la religion se halla toda una patria.

Mientras que una parte de la creacion publica diariamente en los mismos lugares las alabanzas del Criador, otra parte se halla de viaje para contar sus maravillas en toda la tierra. Unas, como correos, atraviesan los aires, se meten en las aguas, pasan los montes y los valles: otras llegan sobre las alas de la primavera, regalan con sus cantos á las noches, anidan entre sus flores, y desapareciendo con los céfiros, siguen de clima en clima su móvil patria: otras se detienen en la habitacion del hombre, y como viajeros lejanos, reclaman la antigua hospitalidad. Cada uno sigue su inclinacion en la eleccion de su hospedaje; el pitirrojo se dirige á las cabañas, la goldondrina llama en los palacios: esta hija de rey parece que gusta aun de grandezas, pero de unas grandezas tan melancólicas como su destino; pasa el verano en las ruina de Versailles y el invierno en las de Tebas.

Apenas desaparece, cuando se ve llegar sobre los vientos del Norte una colonia que viene á reemplazar los viajeros del Mediodia, para que no quede ningun vacio en nuestros campos. Por el tiempo pardusco de otoño, cuando reina el ciego en nuestras campañas y pierden los bosques sus últimas hojas, una numerosa tropa de anades salvajes, puestos todos en fila, atraviesa silenciosamente un cielo melancólico. Si descubren cerca de lo alto de los aires algun castillo gótico cerca de estanques y bosques, se preparan á bajar á él: aguardan para esto la noche, haciendo varias evoluciones sobre ellos. Luego que el vapor de la noche entónda el valle, extendiendo el caudal y silbando con las alas, bajan de repente sobre las aguas que hacen resonar. Se levanta en todas las lagunas un grito general, seguido de un profundo silencio. Guiados de una pequeña luz que tal vez brilla en la estrecha ventana de una torre, se acercan los viajeros á las paredes, escuchando con las cañas y las sombras. Allí, batiendo las alas y gritando por intervalos, saludan la habitacion del hombre en medio del murmullo de los vientos y de las lluvias.

Uno de los mas hermosos habitantes de estos retiros, que está tambien sujeto á mudar de patria, aunque son mas cortas sus emigraciones, es la polla de agua. Esta se deja ver junto á los juncos, se mete en su laberinto, vuelve á parecer y desaparecer dando un pequeño grito salvaje; pasa de la simplicidad á las grandezas, desde la cabaña del pobre á los foses del castillo inmediato, y gusta encaramarse sobre los escudós escultóricos en las paredes. Cuando está en ellos inmóvil, parece con su negro plumaje y con el blanco sello de su cabeza, una ave de blason que ha caído del escudo de un antiguo caballero. Cuan-

do se acerca la primavera, se retirará a un manantial extraviado, ya á buscar el tronco hueco de un sauce cuya raíz horadada por las aguas ofrece asilo á la viajera, donde se oculta á la vista de todos. Los lirios silvestres, las orvas y los calantrillos de agua cueigan delante de su nido tapices de verdura; el mustero y la lenteja la proveen de alimento delicado; el agua murmullos suavemente á su oreja; los bellos insectos acuáticos ocupan su atención, y las nayades del arroyo, para ocultar mejor á esta jóven madre, plantan al rededor de ella sus riecacas de caña cargadas de lana purpúrea.

Entre estos pasajeros del aguilon hay algunos que se habitan á nuestras costumbres y rehusan volver á su patria. Los unos, como los compañeros de Ulises, quedan prendados de la dulzura de algunos frutos; otros, á imitación de los desertores del navio de Cook, quedan seducidos de las encantadoras que los detienen en sus islas; pero la mayor parte de ellos nos dejan después de una mansión de pocos meses. Se unen á los vientos y á las tempestades que oscurecen el resplandor de las olas, y les presentan la presa que no cogerían en las aguas transparentes; gustan de retiros ignorados y dan vuelta á la tierra por un círculo de soledades.

No van siempre en bandada estas aves cuando visitan nuestras habitaciones; algunas veces dos hermosas extranjeras, tan blancas como la nieve, llegan con las escarchas. Se lejan al medio de los matorrales en un sitio descubierta á donde nadie puede llegar sin ser sentido, y después de algunas horas de reposo se remontan sobre las nubes. Si llegan al sitio de donde salieron, no hallaréis más que algunas plumas, única señal de su marcha, á las cuales dispersa bien pronto el viento. ¡Felices los hombres favorecidos de las musas, que á ejemplo del cisne han abandonado la tierra sin dejar en ella otras reliquias ni memorias que algunas plumas de sus alas!

Las conveniencias para las escenas de la naturaleza ó las relaciones de utilidad para el hombre, son las que determinan las diferentes emigraciones de los animales. Las aves que se presentan en los meses tempestuosos tienen voces tristes y costumbres salvajes como la estación que las trae: no tienen para dejarse oír, sino para escuchar; hay en el sordo bramido de los bosques alguna cosa que embesea sus oídos. Los árboles que balancean tristemente sus despojadas copas, no sostienen sino legiones negras que se juntan en invierno. Estas tienen sus centinelas y guardias avanzadas; frecuentemente se ve que una corneta centenera, antigua sibila de los desertos, se mantiene sola encaramada sobre una encina con la cual ha envejecido. En esta postura y mientras que todas sus hermanas guardan silencio, inmóvil y como pensativa abandona de tiempo en tiempo á los vientos unos monsilabos proféticos.

Es cosa muy notable sin duda que las zarcetas, los ánades, los patos, las bécadas, los chorlitos y los chirlos, que nos sirven de alimento, lleguen todos cuando está despojada la tierra, al paso que las aves extranjeras, que nos vienen en la estación de los frutos, no tienen con nosotros más que relaciones de placer y son unos músicos enviados para embelazar nuestros banquetes. Se exceptúan algunas, como la codorniz y la paloma torea, cuya caza no se hace sino después de la cosecha, y se engordan en nuestros trigos para servir en nuestra mesa. De este modo las aves del Norte son el maná de los ábrejos, así como los ruseñores son los regalos de los céfros; de cualquiera parte del horizonte que sople el viento, siempre nos trae un presente de la Providencia.

CAPITULO VIII.

AVES MARÍTIMAS: DE QUÉ MODO SON ÚTILES AL HOMBRE. LAS EMIGRACIONES DE LAS AVES SERVIAN ANTIGUAMENTE DE CALENDARIO Á LOS LABRADORES.

Los patos, las zarcetas y los ánades, como de raza doméstica, habitan todos los parajes donde puede haber hombres. Los navegantes encuentran crecidas bandadas de estas aves hasta bajo del polo antártico y en las costas de la Nueva Zelanda. Nosotros mismos hemos encontrado también millones de ellas en el golfo de San Lorenzo, hasta la punta del istmo de la Florida. Viimos un día en las Azores una porción de pequeñas zarcetas azules á quienes el cansancio había obligado á ponerse sobre una higuera silvestre. Este árbol estaba sin hojas, pero tenía unos higos rojos unidos de dos en dos como cristales. Luego que se cubrió de esta nube de pájaros que dejaban colgar sus alas fatigadas, ofreció un espectáculo admirable: los higos parecían de color de brillante púrpura sobre los sembrados ramos, al paso que el árbol por una especie de prodigio parecía haber brotado de repente el mas rico follaje azul.

Las aves marítimas tienen lugares propios en que se juntan y en donde parece que tratan en comunidad acerca de los negocios de su república; regularmente es un escollo en medio de las ondas. Ibmoss con frecuencia á sentarnos en la isla de San Pedro, sobre la costa opuesta á una isla pequeña llamada por los habitantes el *Palomar* á causa de su figura y de que van allí á buscar huevos en tiempo de primavera.

La multitud de aves que se juntaban en aquella roca era tan grande, que por lo comun distinguimos sus gritos en medio del bramido de las mas furiosas tempestades. Todas estas aves tie-

1 Isla á la entrada del golfo de San Lorenzo, sobre la costa de Terranova.

nen unas voces extraordinarias, como las que salen de los mares. Si el Océano tiene su Flora, también tiene su Filomena: cuando al ponerse el sol sibila el abanillo sobre la punta de una peña y le acompaña el ruido sordo de las ondas, formando al bajo del concierito, es una de las armonías mas melancólicas que se pueden oír. Jamas llenó la esposa de Ceix de tantos dolores las riberas testigos de sus infortunios.

Reñaba en la república del *Palomar* una perfecta inteligencia. Luego que nacia un ciudadano, le preceptaba su madre en las ondas, como aquellos pueblos bárbaros que sumergian á sus hijos en los rios para endurecerlos contra las fatigas de la vida. Salían continuamente de esta Tiro correes con guardias numerosas, los cuales por órden de la Providencia se espacian sobre todos los mares para prestar socorro á los navios. Los unos se colocan á una tierra desconocida, y dan una señal cierta para el piloto, que los descubre como unos corchos flotantes sobre las olas: otros se sientan sobre un arceife, y á manera de centinelas vigilantes despiden por la noche una voz lígubre para apartar de allí á los navegantes; y otros en fin, á causa de su blanca pluma, son unos verdaderos faros sobre lo negro de las peñas. Presumimos que la bondad divina hizo por este motivo fosfórica la espuma de las ondas, y siempre mas replandeciente entre los escollos por razon de la violencia de la tempestad. ¡Cuántos navios perecerian durante las tinieblas sin estos milagrosos fanales encendidos por la Providencia sobre los escollos!

Todos los accidentes de los mares, todas las mutaciones de la calma y tempestad, las predice esta ave. El tordo marino baja á una playa desierta, encoge su cuello en la pluma, oculta una pata en su vello, y manteniéndose inmóvil sobre la otra, advierte al pescador el instante en que se levantan las olas: la alondra marina, que corre á lo largo de las ondas dando un grito dulce y triste, le anuncia por el contrario el momento del refugio; finalmente, las procelarias van á establecerse en medio del Océano, y como fieles compañeros de los marineros, siguen el curso de los navios y profetizan las tempestades. El marinero las atribuye alguna cosa sagrada, y las da religiosamente la hospitalidad cuando el viento levanta al pitirrejo que predice los dias hermosos, y por esta razon le recibe en su casa de pájaro durante los rigores del invierno. Estos infelices hombres, colocados en las dos condiciones mas duras de la vida, tienen unos amigos que les ha preparado la Providencia. En un ente débil hallan el consejo ó la esperanza que inútilmente buscarian muchas veces entre sus semejantes. Este comercio de beneficios entre unas aves aquellas y unos hombres desgraciados, es uno de aquellos rasgos admirables que abundan en las

obras de Dios. Entre el pitirrejo y el labrador y entre la procelaria y el marinero, hay una tierna semejanza de costumbre y destinos. ¡Oh! ¡qué árida y vacia se presenta la naturaleza cuando es explícita por los sofistas! Pero ¡cuan productiva y llena se manifiesta cuando la explica un corazón sencillo que no examina sus maravillas sino para glorificar al Criador!

Si el tiempo y lugar nos lo permitieran, descubriríamos otras muchas emigraciones, y revelaríamos otros muchos secretos de la Providencia. Hablaríamos de las grullas de la Florida, cuyas alas dan un sonido muy armonioso y hacen tan bellos viajes sobre los lagos, sibanas, ciproses, arboledas de marañons y palmas; haríamos mencion de los muertos de la soledad sin detenerse mas que en los cementerios indianos y en los montes de los sepulchros; expondríamos igualmente las razones de las emigraciones, siempre relativas al hombre; referiríamos tambien los vientos y estaciones que eligen las aves para mudar de climas; las aventuras que les suceden, los obstáculos que tienen que vencer, los naufragios que padecen; cómo llegan algunas veces á costas desconocidas, distantes del país que buscan, cómo parecen al pasar algunos bosques abrasados del rayo, ó en las llanuras en que los salvajes han pagado fuego.

En las primeras edades del mundo, cuando el hombre era ignorante y pastorero por las flores de las plantas, la caída de las hojas, la salida y arribo de las aves. De aqui tiene origen el arte divinatorio entre algunos pueblos; se suponía que los animales que pronosticaban las estaciones y las tempestades, no podian ser sino los intérpretes de la Divinidad. Los antiguos naturalistas y los poetas (á quienes somos deudores de la poca sencillez que reina aun entre nosotros) nos hacen ver cuán maravilloso era este modo de contar por los fastos de la naturaleza, y qué embeloso espacía sobre la vida. Dios es un secreto profundo, y el hombre criado á su imágen es igualmente incomprensible. Era seguramente una armonía inefable ver los periodos de sus dias arreglados por relojes tan misteriosos como el mismo.

La llegada de una ave á las tiendas de Jacob ó de Booz lo ponía todo en movimiento; el patriarca daba vuelta á su campo al frente de sus criados armados de boecas. Si se espacía el rumor de haber visto revolotear los pollos de la alondra, á esta gran novedad empezaba todo el pueblo su sioga con alegría, fado en Dios que jamás engaña. Dirigiendo aquellos amables signos los cuidados de la estación presente, tenían al mismo tiempo la ventaja de pronosticar las mudanzas de la estación inmediata; si los patos y las zarcetas llegaban en crecido número, se sabía que el invierno sería largo; si la corneta comenzaba á fabricar su nido por enero, los pastores esperaban en abril las flores de mayo. El matrimonio

de un joven celebrado junto a una fuente, tenia cierta relacion con una flor que se abre; y los viejos, que ordinariamente mueren en otoño, caian con las bellotas y los frutos maduros. Mientras que el filósofo truncando ó alargando el año traia al invierno sobre la alfombra de la primavera, no temia el labrador que el astrónomo que le venia del cielo se engañase; sabia que el ruseñor no equivocaría el mes de las escarichas con el de las rossas, ni haría oír en los solsticios de invierno las canciones del verano. De este modo todos los cuidados, las estaciones, juegos y diversiones del hombre mismo estaban escritas, no en el calendario incierto de un sabio, sino en la infalible meridiana del que trató el zodiaco y la eclíptica. Este soberano Ordenador quiso que las fiestas de su culto estuviesen sujetas á épocas sencillas tomadas de sus obras mismas; y en aquellos dias de inocencia, la voz del céfiro ó de la tempestad, la del águila ó de la paloma, llamaban al hombre al templo del Dios de la naturaleza.

Nuestros aldeanos se valen algunas veces de aquellas tablas encantadoras en que se hallan grabados los tiempos de los trabajos rústicos. Los pueblos de la India hacen de ellas el mismo uso, y los negros y salvajes americanos conservan este modo de contar. Un símbolo de la Florida es éste: "La moza se casó cuando vino el *chicó*." "El niño murió cuando murió la *des-*

"*igual*." Esta madre tiene otros tantos hijos "guerreros" como huevos hay en el nido del *pe-*

"*licano*." Los salvajes del Canadá señalan la sexta hora de la tarde por el momento en que las *palomas torcazas* beben en las fuentes, y los de la Luisiana por el en que la *efimera* sale de las aguas. El paso de varias aves arregla la estación de diversas caza, y el tiempo de la cosecha del maiz, del azúcar de cañero, y de la avena loca, lo anuncian ciertos animales que jamás dejan de acudir á la hora del banquete.

CAPÍTULO IX.

CONTINUACION DE LA EMIGRACIONES. CUADRÍPEDOS.

Las emigraciones son mas frecuentes en la clase de los pescados y de las aves que en la de los cuadrípedos, á causa del mayor número de los primeros y de la felicidad de sus viajes al través de los elementos que circundan la tierra. No hay cosa que en ellos cause tanta admiración, como el modo con que llegan á los parajes que buscan, sin extravíarse jamás. Bien se deja concebir que un animal acosado del hambre abandona el país que habita para buscar en otro el alimento y abrigo; pero ¿cómo se podrá comprender que sea la *materia* la que hace ir *aquí* y no *allí*, y la que dirige con una exactitud milagrosa precisamente al sitio donde encuentra aquel alimento

y abrigo? ¿Cómo conoce los vientos, las mareas, los equinoccios y los solsticios? No dudamos que si las razas viajeras estuvieran en solo momento abandonadas á su propio instinto, casi todas perecerían; unas queriendo pasar á las latitudes frías irían á parar bajo los trópicos, y otras contando el ir á la China, se hallarían bajo del polo. Nuestro pitirojo, en vez de viajar de la Asia y á la Germania en busca de insectos pequeños, iría á ser en Africa la presa de algun enorme escarabajo, y el greenlandés oiría salir de sus peñas una queja y vería un parajito pardusco cantar y morir al mismo tiempo; tal sucedería con los pobres filomenas.

Mas no permite Dios semejantes errores. Todo tiene sus conveniencias y relaciones en la naturaleza: las flores con los céfros, los inviernos con las tempestades y el corazón del hombre con el dolor. Primero equivocarán los mas hábiles pilotos su deseado puerto, que se cngañe el pañacera de la longitud del menor escollo del abismo: la Providencia es su estrella polar y á cualquiera parte que se dirija, siempre descubre aquel astro que no se le oculta jamás.

El universo es como una gran posada, donde todo se halla en un continuo movimiento, viéndose entrar y salir en ella una multitud de viajeros. Tal vez no hay cosa mas bella en las emigraciones de los cuadrípedos, que la de los bisontes á través de las inmensas sabanas de la Luisiana y del Nuevo México. Cuando llega el tiempo de mudar de clima para conducir la abundancia á los pueblos selvajes, un viejo búfalo, patriarca de los rebaños del desierto, llama á su alrededor á todos sus hijos ó hijas. El punto de reunion es la orilla del Mechasecé, y se fija el instante de la marcha hacia el anochecer; junta-se la tropa y llega el momento. Sacudiendo el jefe su larga crin que de todas partes cubre sobre sus ojos y hasta retroceidas, saluda al sol cuando se pone, bajando la cabeza y levantando su espalda como una montaña. Sale al mismo tiempo de su profundo pecho un ruido sordo que es la señal de partir, y al instante se surgen en las espumosas ondas seguidos de la multitud de las terneras y toros que braman de amor detrás de él. Mientras que esta poderosa familia de cuadrípedos atraviesa con gran ruido los rios y los bosques, una apacible flota boga en silencio sobre un lago solitario á favor de los céfros y á la luz de las estrellas. Unas pequeñas ardiillas negras, después de haber despojado los nogales vecinos, se resuelven á buscar fortuna y embarcarse para otro bosque. Desplegando al instante al viento sus velas de seda, se expone animosamente esta atrevida raza á la inconstancia de las ondas. ¡Oh piratas imprudentes á quienes arrastra la codicia de las riquezas! Se levanta la tempestad, braman los mares y pelagra la flota; procura ganar el puerto próximo, pero se opone á su desembarco una armada de castores, recelosos de que éstos

CAPÍTULO X.

ANFIBIOS Y REPTILES.

A la falda de los montes Apalaches, en las Floridas, se encuentran unas fuentes llamadas *pozos naturales*. Cada pozo está abierto en el centro de un montecillo plantado de naranjos, encinas verdes y catalpas. Este montecillo se abre en forma de media luna por el lado de la sabana, y viene á salir un canal desde el pozo por esta abertura. La bóveda que forman los árboles inclinados sobre la fuente, hace con su sombra que parezca el agua negra por abajo; pero en la parte en que el acueducto se va á la base del canal, rayo de luz que penetra por la madre del agua, que cae sobre un solo punto del espejo del agua, que imita el efecto del cristal en la *cámara oscura* de un pintor. Silencioso en medio del estanque, un crocodilo solitario pone el colmo á la ilusión: por su quietud, su escama verdosa y anclas náricas que despiden el agua en dos clipses coloridas, lo tendrías por un dragon de bronce en una gruta de los bosques de Versalles.

Los caimanes ó cocodrilos de las Floridas no viven siempre solitarios; en cierto tiempo del año se juntan en tropas y se ponen de emboscada para atacar á los viajeros que deben llegar del Océano. Cuando estos después de haber subido los rios y faltando agua para tanta multitud, mueren encallados en las orillas y amezanan la atmósfera con su infeccion, entonces la Providen-

ciamente pálidos, nuestras noches demasiado frescas, los tintes tan inconstantes de nuestras verduras, y finalmente, el olor, vestido y estruendo del europeo, no tienen ninguna analogía con el elefante. Si los viajeros hiciesen sus observaciones mas exactamente, sabríamos cómo este cuadrípedos se casa con la naturaleza que le produce. La trompa del elefante, por ejemplo, tiene conocidas relaciones con los cirios, aloes, las lianas y cañas de India, y en el reino animal con las grandes serpientes de las Indias: sus orejas tienen la figura de las hojas de la higuera oriental; su piel es escamosa, blanda y sin embargo áspera, como la borra que cubre una parte del tronco de la palma, ó por mejor decir, como los filamentos del pelo del ceco; muchas plantas, como los filamentos de los trépanos se apoyan sobre la tierra como las grasas de los trépanos se apoyan sobre la tierra como el de sus grietas, y tienen como ellos una figura tosea y cuadrada; su grito es á un mismo tiempo fuerte y prolongado como el de un cañe en sus desiertos, ó como el grito de guerra de un pipayo. Cuando cubierto de rios tapices y cargado con una tierra semejante á los remates de una pagoda Indiana, conduce algun príncipe monarca á los escombros de los templos que se hallan en la península de las Indias, su mole, las columnas de sus pies, su figura irregular y su pompa bárbara concuerdan mucho con aquella arquitectura colosal, formada de trozos de piedras amontonadas unas sobre otras; esta bestia y el monumento arruinado, parecen dos restos del tiempo de los gigantes.

1 Véase á Bartram, viajes á la Carolina y á las Floridas.

extranjeros rengan á apoderarse de sus cosechas. En vano los ligeros escuadrones, desembarcados en la playa, piensan salvarse subiéndose á los árboles, é insultar desde lo alto de aquellos terraplenes á la pesada marcha de sus enemigos. Venice el ingenio al ardid: avanzan los zapadores, tiran la encina y la hacen caer con todas sus ardiillas, al modo de un castillo guarnecido de soldados y derribado por el antiguo arriete.

Aun suceden otras muchas desgracias á nuestros aventureros que se consuelan con algunas frutas y su inconstancia tomada á tonos por los lazedemonios, no fúe por eso menos amable ni menos frivola. Subiendo por el rio del Norte en el paguete de Nueva York á Albany, vimos á uno de estos desgraciados que habia intentado atravesar el rio. No pudo jamás llegar á la orilla y se le sacó el agua medio ahogado: era hermoso, negro como el ébano, y su cola dos veces mas larga que el cuerpo: recobró la vida, pero perdió la libertad haciéndole su esclavo una joven pasajera.

Los renos del Norte de Europa, los caribes y los orinopos de la América setentrional tienen tambien sus tiempos de emigraciones, calculados siempre como el de las aves, para la utilidad y necesidades del hombre. Hasta los osos blancos de Terranova, cuyas pieles son tan necesarias á los esquimales, son enviados á estos pobres salvajes por la Providencia del todo milagrosa: venes aquellos monstruos marinos abordar á las costas del Labrador, sobre hielos flotantes ó sobre despojos de navios, en que se sostienen como unos fuertes marineros salvados del naufragio.

Los elefantes viajan tambien al Asia. Por donde pasan tiembla la tierra, se chocan los árboles y saltan hacia arriba las aguas: sin embargo, no hay nada que temer, casto, inteligente y sensible. Behemot es mauzo porque es fuerte, apacible porque es poderoso. Primer servidor del hombre y segundo de su esclavo, camina tras él al frente de la creacion. Cuando los animales después de la culpa original se alejaron de su naturaleza generosa parece que fueron los que se retiraron con mas sentimiento, porque siempre han permanecido en las cercanías de la cuna del mundo. Ahora salen de sus desiertos y se avanzan hacia los lugares habitados, para reemplazar en el servicio de los hijos de Adán á sus compañeros muertos sin reproducirse.

1 Las elocuentes plumas que han pintado las costumbres de estos animales, nos dispensan extendernos sobre este artículo. Solamente añadiremos que los elefantes no parecen tan extranos en su estructura, sino porque los vemos aislados de los vegetales, sitios, aguas, montañas, colores, luz, sombras y cielo que les son propios. Los profetores, luz, sombras y cielo que les son propios. Los profetores, las formas de los objetos generalmente redondas, la figura de nuestras yerbas, el mundo picado de nuestros hojas, la majestad de nuestros árboles, nuestros dias deman-

cia los entrega de repente á la conjuración de cuatro ó cinco mil cocodrilos. Los monstruos, dando un terrible grito y haciendo con ruido sus quijadas, se lanzan sobre los extranjeros espantados. Saltan las ondas en borbotones bajo los repetidos golpes de sus espantosas colas. Brincando por todas partes, los combatientes se juntan, se asean y entrelazan. Unas veces se sumergen hasta el fondo de los abismos y se vuelcan en el cieno; otras vuelven á subir sobre las ondas, haciendo testigo al día de sus sangrientas batallas. Las aguas cubiertas de sangre se llenan de cuerpos mutilados y de entrañas humecadas. Apenas puede formarse una cabal idea de estas espantosas escenas que los viajeros han descrito y los lectores han tenido por vanas exageraciones.

Rotas, dispersas y llenas de espanto las legiones extranjeras, poseídas hasta el mar Atlántico, se ven precisadas á entrar de nuevo en sus abismos, á fin de que siendo de allí adelante útiles á nuestras necesidades, nos puedan servir sin hacernos daño.¹

Estas especies de monstruos son las que á veces han sublevado la sabiduría del otro; sin embargo, son muy necesarias en el plan general. No habitan sino los desiertos donde la ausencia del hombre pide su presencia: están allí destinados para destruir, hasta la llegada del gran destructor. Al instante que nos presentamos sobre la costa, nos ceden el imperio, en la inteligencia de que uno solo de nosotros hará más destrucción que diez mil de ellos.²

Y á qué fin, se dirá, cria Dios unos seres perpetuos que obligan después á destrucciones? Por la razón de que Dios no obra de un modo limitado como nosotros; se contenta con decir: *Cread y multiplicad*, y en estas dos palabras está lo infinito. Sin duda que para que fuese sabia la Divinidad, habría de ser mediocre: la despojaremos del atributo de infinita, desecharemos todo lo que sea inmenso, y diremos: «Esto está de mas en la naturaleza», porque nuestro entendimiento limitado no lo puede comprender; y si Dios quisiese colocar mas de un número determinado de soles en la bóveda celeste, tendríamos el exceso como por una cosa inoportuna, y en consecuencia de esta prodigalidad del universo, declaráramos al Criador convencido de locura é imponentia.

Considerados los monstruos en sí mismos, sea cual fuere la deformidad de estos seres, pueden

1 Véase á Bartram, *Viej. sit.*

2 Los inmensas ventajas que saca el hombre de las emigraciones de los peces son tan conocidas, que no nos detendremos en referirlas.

3 En las Carolinas se ha observado que desde que se han desecado¹ los caimanes, se infectan frecuentemente los ríos, porque muere mucha pesca en el tiempo de la caza, por la disminución de sus aguas.

reconocerse señales de la gracia divina bajo sus horribles figuras. Un cocodrilo y una serpiente ¿son acaso mientos caritivos para sus hijos que un ruidoso y una paloma? No es una cosa tan milagrosa como tierna ver al cocodrilo construir un nido, poner un huevo como una gallina, y salir un monstruo pequeño de un cascarón como si fuese un pollito? ¿Y qué cuidado no muestra la hembra del cocodrilo con su familia? Se pasa entre los nidos de sus hermanas, que forman canchales de huevos y arcillas, y están colocados como las tiendas de un campamento á la orilla del río. La amazona hace una guardia vigilante y deja obrar el calor del día, porque si la delicada ternura de la madre está como pintada en el huevo del cocodrilo, la fuerza y las costumbres de este poderoso animal se descubren en el sol que enguerra este huevo y en la tierra que le sirve de fermento. Desde el instante que uno de aquellos montones se avira, toma la hembra bajo su protección la tierra cría; esta no es siempre sabia, pero firma por este medio el aprendizaje de la maternidad y hace su habilidad igual á la que será su ternura. Finalmente, cuando sus hijos salen del cascarón, los lleva al río, les lava con agua limpia, les enseña á nadar al rededor de sí, les pesca peces tiernos y delicados, y les protege contra los machos que quieren devorarlos. Un español de las Floridas nos contó que habiendo quitado la nidada de un cocodrilo y haciéndola conducir á unos negros en un cesto, le siguió la hembra dando gritos compasivos. Se la dejaron dos en el suelo, y al instante empezó la madre á estrecharlos entre sus manos y hocico, poniéndose unas veces detrás de ellos para defenderlos, y marchando otras á su frente para mostrarles el camino. Los hijos iban arrastrando y gimiendo, siguiendo las huellas de su madre, y este enorme reptil, que poco antes aterraba y ribera con sus rugidos; dejaba entonces ir una especie de balido tan suave como el de una cabra cuando da de mamar á sus cabrillitos.

La serpiente de cascabel compete con el cocodrilo en el afecto maternal: esta soberbio reptil, que da á los hombres lecciones de generosidad,³ se las da también de ternura. Cuando su familia se ve perseguida, la coge en su boca,⁴ y poco satisfecha de los sitios en que pudiera esconderla, la hace entrar de nuevo en su vientre, no hallando asilo mas seguro para los hijos que el seno mismo de su madre. Como ejemplo de amor sublime, no sobrevive á la pérdida de sus hijos, porque para sacarlos es preciso abrir la entraña.

«Hablarémos del veneno de esta serpiente, que es siempre mas activo cuando tiene cría? Referirémos la ternura de la osa, que semejante á

1 Nunca es el primero que acomete.

2 Véase los Viajes de Carver [*Carver's travels*] al Canadá.

la mujer salvaje, extiende su amor maternal hasta dar leche á sus hijos después de muertos.¹ Si ganase estos pretendidos monstruos en todos sus instintos, reflexivos sus formas y sus armaduras, póngase atención al anillo que ocupan en la cadena de la creación; examíneselos en sus propias relaciones y en las que tienen con el hombre, y nos atreveremos á asegurar que las causas finales son tal vez mas visibles en esta clase de seres que en las mas favorecidas de la naturaleza, al modo que en un poema bárbaro brillan mas los rasgos del ingenio en medio del caos que los rodea.

La objecion que se hace contra los parajes que habitan estos monstruos, no nos parece mejor fundada. Las lagunas, por mas dañosas que nos parezcan, tienen sin embargo grandes utilidades; son las urnas de los ríos en los países llanos, y los depósitos de las lluvias en los parajes distantes del mar. El cieno y ceniza de sus yerbas proporcionan abonos á los labradores; sus cañas sirven para el fuego y para techos de las pobres familias; débil abrigo, en armonía con la vida del hombre y que no dura mas que sus cortos días.

Tienen además estos sitios cierta hermosura que les es propia: como frontera de la tierra y del agua, tienen vegetales, sitios y habitantes particulares; todo participa allí de la mezcla de ambos elementos. Las espadañas son un medio entre la yerba y el arbusto, entre el puerto marino y la planta terrestre; algunos insectos acuáticos parecen pájaritos pequeños: cuando el insecto llamado *domisela* anda errante con un cuerpillo azul y sus alas transparentes al rededor de la flor blanca llamada nenúfar, os parecerá que veis al pájaro mosca de las Floridas sobre una rosa de magnolia. En el otoño están cubiertas estas lagunas de junco seco que dan á la esterilidad misma una apariencia de las mas opulentas cosechas, y en la primavera figuran unos bosques de lanzas verdes. Un álamo blanco, un sance aislado en que la suave brisa ha colgado algun mechón de plumas, domina á estas campañas móviles: cuele el viento por entre los débiles troncos de las cañas, bájase la una cuando la otra se levanta, é inclínandose después de un golpe todo este bosque, se desmenuza el alcázar dorado, ó alguna blanca garza real que se mantiene inmóvil sobre una pierna tan larga como un venablo.

CAPÍTULO XI.

DE LAS PLANTAS Y SUS EMIGRACIONES.

Ahora entramos en aquel reino embelesador donde las maravillas de la naturaleza se revisten de un carácter mas suave y risueño. Al verlas

1 V. los Viajes de Cook.

elevadas en los aires y sobre la cumbre de los montes, se diría que las plantas toman algo del cielo á que se aproximan. Algunas veces, cuando reina una profunda calma al salir la aurora, todas las flores de un valle están inmóviles sobre sus vástagos, se inclinan de mil modos diferentes y miran á todos los puntos del horizonte. En aquel mismo momento en que os parece estar todo tranquilo, se consuma un grande misterio; concibe la naturaleza, y estas plantas jóvenes son otras tantas madres inclinadas hacia la region misteriosa de donde les debe venir la fecundidad. Los dueños tienen simpatías menos aéreas y comunicaciones menos invisibles. El narciso deposita en los arroyos su raza virginal; la violeta confia á los céfirus su posteridad modesta; la abeja pasando de una flor á otra coge su miel, y sin saberlo, fecunda toda una pradería; una mariposa lleva un pueblo entero sobre sus alas. Sin embargo, no son igualmente tranquilos todos los amores de las plantas: entre ellas los hay borrascosos, así como entre los hombres: son necesarias tempestades para unir en las alturas inaccesibles el cedro de Libano con el de Sinaí, al paso que en la falda de la montaña basta un viento suave para establecer entre las flores un comercio de deleite. De esta manera agita el soplo de las pasiones á los reyes de la tierra sobre sus troncos, cuando los pastores viven á sus pies tranquilos y felices.

La flor de la miel, es hija de la mañana, el embeleso de la primavera, el manantial de los perfumes, la gracia de las vírgenes y el amor de los poetas: pasa pronto como el hombre, pero deja dulcemente sus hojas á la tierra. Entre los antiguos, era la flor la que coronaba la copa de los banquetes y los blancos cabellos del sabio: los primeros cristianos cubrían con ellas las reliquias de los mártires y el altar de las catacumbas; al presente, en memoria de aquellos tiempos antiguos, adoramos con ellas nuestros templos. En el mundo atribuímos nuestras afecciones á sus colores; la esperanza al verde, la inocencia al blanco y el pudor al rosado: hay naciones enteras en que ella es el intérprete de los sentimientos: libro admirable, que no causa turbaciones ni guerras, ni contiene sino la historia fugitiva de las revoluciones del corazón.

Colocando los sexes sobre individuos diferentes en muchas familias de plantas, ha multiplicado la Providencia los misterios y las bellezas de la naturaleza. En unas partes la ley milagrosa de las emigraciones se reproduce en un reino que parece exhausto de todas las facultades del movimiento; en otras, es el gran ó el fruto el que viaja, y en otras una porción de la planta, ó toda la planta entera. Los cocoteros se crían por lo regular sobre las peñas en medio del mar: cuando sobreviene una tempestad, caen sus frutos, y los llevan las ondas á las costas habitadas, donde se trasforman en unos hermosos árboles: admiramos

Me símbolo de la virtud que erce sobre los escollos expuestos á las tempestades: cuanto mas combatida se halla de los vientos, mas tesoros produce á los hombres.

Nos mostraron á la orilla del Yar, río pequeño del condado de Suffolk en Inglaterra, una cascata de barro muy curioso; muda de lugar, y se adelanta como por una especie de bote ó salto. Tiene mucho pelo largo en su cima, y cuando los que se hallan en las extremidades son tan largos que llegan al fondo del agua, arraigan allí; las raíces del lado opuesto tiradas por la acción de la planta que se baja sobre un nuevo pie, se desprenden, y entonces la mata del barro volviéndose de arriba abajo, muda de sitio á toda la distancia que alcanza su longitud. Al día siguiente se busca en vano la planta en el sitio en que quedó la vispera, y se la ve mas arriba ó mas abajo sobre la corriente de las aguas formando con las demás familias fluviales nuevos efectos y nuevas bellezas. No hemos visto la fi ni el fruto de este bello singular, á quien pusimos el nombre de *migrator*, viajero, con relacion á nuestros propios destinos.

Las plantas marinas están sujetas á mudar de clima: parece que participan del espíritu aventarero de aquellos pueblos insulares, cuya posición geográfica los hizo comerciantes. El *fucus giganteus* sale de las cuevas del Norte con las tempestades, y se avanza sobre los mares, ocupando sus brazos espacios inmensos: como una red tendida desde la una á la otra orilla del Océano, arrastra consigo las almejas, las focas, las rayas, y las tortugas. Casada á veces de nadar sobre las ondas, extiende un pie hasta el fondo del abismo, y se para poniéndose derecha: comandando de nuevo su navegación con viento favorable, después de haber girado bajo de diversas latitudes, viene á tapizar las costas del Canadá con gurnaldas arrancadas de las rocas de la Noruega.

Las emigraciones de las plantas marinas, aunque á primera vista no parecen mas que unos simples juguetes de la casualidad, tienen sin embargo relaciones interesantes con el hombre.

Pasándonos una tarde en Brest á la orilla del mar, divisamos una pobre mujer que andaba inclinada mirando entre las peñas: consideraba atentamente los despojos de un naufragio, y particularmente examinaba las plantas pegadas á sus reliquias, como si por la mayor ó menor vejez de estas quisiese adivinar la época cierta de su desgracia. Encontró debajo de unos guijarros una de aquellas cajas que sirven á los marineros para poner los frascos. Tal vez ella misma la habría llenado antes de volver ella su esposo, comprados con el fruto de su economía; á lo menos así lo juzgamos, porque la vimos enjugar las lágrimas con la punta de su delantal. Unos hongos marinos ocupaban entonces el lugar de los amados presentes de su ternura. De este modo,

mientras que el ruido del cañon demuestra á los poderosos el naufragio de los grandes del mundo, la Providencia, para anunciar en las mismas orillas algun duelo á los pequeños y débiles, les envia secretamente un tallo de yerba y una reliquia.

CAPÍTULO XII.

DOS PERSPECTIVAS DE LA NATURALEZA.

Lo que acabamos de decir acerca de los animales y plantas, nos conduce á considerar los cuadros de la naturaleza bajo una relacion mas general. Procuremos hacer hablar á un mismo tiempo á todas aquellas maravillas que nos han dicho ya separadamente tantas cosas de la Providencia.

Presentaremos á los lectores dos perspectivas de la naturaleza, una marina y otra terrestre: la una en medio de los mares Atlánticos y la otra en los bosques del Nuevo Mundo para que no se pueda atribuir la majestad de estas escenas á los monumentos de los hombres.

Habiéndose elevado sobre la situación de las costas el navio en que íbamos á la América, inmediatamente vimos tendido solo en el espacio el duplicado azul del mar y del cielo, como una tela preparada para recibir las futuras creaciones de algun gran pintor. El color de las aguas quedó semejante al de un vidrio líquido; venia del Occidente una grande ola, aunque el viento sopla del Este; se extendian del uno al otro horizonte enormes ondulaciones que abrían en los valles unas largas y estrechas perspectivas sobre los desiertos del Océano. A cada minuto mudaban de aspecto los movibles paisajes: á veces una multitud de montecillos verdosos representaban los arcos de los sepuleros en un cementerio inmenso; otras, encrespándose las olas en sus cimas, figuraban rebajos blancos esparcidos sobre matorrales; muchas veces parecia limitado el espacio por falta de punto de comparación; pero si se levantaba una ola y se encorbaba otra á manera de una costa distante y pasaba á lo lejos un escudron de perros marinos, se abría repentinamente el espacio delante de nosotros. Teníamos sobre todo la idea de la extension, cuando una ligera niebla iba arrastrando por la superficie del mar y parecia aumentar la inmensidad misma. ¡Oh! ¡qué grandes y tristes son entonces los aspectos del Océano! ¡En qué imaginaciones os sepultan, sea que la fantasia se engolfé sobre los mares del Norte en medio de las oscurechas y tempestades, ó sea que aborde á los mares del Mediodia sobre islas de descaño y de felicidad!

Muchas veces me levantaba yo á media noche y me sentaba sobre el puente sin hallar mas que al oficial de guardia y algunos marineros que formaban silenciosamente con sus pipas. No se per-

cibia mas ruido que el que hacia el embate de la proa sobre las ondas, al mismo tiempo que por los lados del navio giraban chispas de fuego con una blanca espuma. ¡Oh Dios de los cristianos! ¡en las aguas del abismo y en las profundidades de los cielos es donde con particularidad has impuesto muy fuertemente los rasgos de tu omnipotencia! ¡Millones de estrellas despidiendo resplandores en el sombrio azul de la bóveda celeste; la luna en medio del firmamento; un mar sin orillas; lo infinito en el cielo y sobre las olas! Jamás me la convencerá tanto su grandeza como en aquellas noches en que, suspenso entre los astros y el Océano, tenia la inmensidad sobre mi cabeza y bajo mis pies.

Nada soy; no soy mas que un simple solitario: he oido disputar muchas veces á los sabios acerca del primer Ser y no los he entendido; pero he observado que solo á la vista de estas grandes escenas de la naturaleza, es donde este Ser desconocido se manifiesta al corazon del hombre. Una tarde en que reinaba una profunda calma, nos hallábamos en los hermosos mares que bañan las costas de la Virginia, teniendo recogidas todas las velas: estaba yo cubierto sobre el puente, cuando el campana que llamaba la tripulacion á rezar; me di prisa para ir á mezclar mis súplicas con las de mis compañeros de viaje. Los oficiales estaban sobre el castillo de popa con los pasajeros; el capellan con un libro en la mano estaba un poco mas adelante que ellos, y los marineros confusamente repartidos sobre el puente: todos estábamos de pie con la cara vuelta hácia la proa del navio, que miraba al Occidente.

El globo del sol, cuyo resplandor podian sufrir entonces nuestros ojos, iba ya á sumergirse en las ondas y se le describía por entre la jarcia del navio en medio de los inmensos espacios. Por el balanceo de la popa hubiera podido decirse que este radioso astro mudaba de horizonte á cada momento. Algunas nubes vagaban sin orden en el Oriente, donde subia la luna con lentitud; lo restante del cielo estaba despejado y formando hacia el Norte un glorioso triangulo con el astro del dia y el de la noche; se levantaba de la mar una trompa cargada de los matices del prisma, como una pilastra de cristal sosteniendo la bóveda del cielo.

Bien digno seria de compasion el que no reconociese en este espectáculo la hermosura de Dios. Corrieron involuntariamente de mis ojos lágrimas religiosas cuando mis intrépidos compañeros, quitando sus sombreros embrocados, empezaron á entonar con voz ronca su sencillo canto á *Nuestra Señora del Buen Socorro*, patrona de los marineros. ¡Que tierra era la oracion de aquellos hombres que sobre una tabla frágil y en medio del Océano contemplaban un sol poniéndose por las ondas! ¡Qué uncion habia en aquella invocacion del pobre marinero á la Madre de dolores! El reconocimiento de nuestra pequeñez á vista de lo

infinito; nuestros cánticos que se extendian á lo lejos sobre las olas; la noche que se acercaba con sus celadas; la maravilla de nuestro navio en un medio de tantas otras maravillas; una tripulacion religiosa llena de admiracion y de temor; un secretísimo angusto orando; un Dios inclinado sobre el abismo, deteniendo con una mano el sol á las puertas del Occidente, levantando con la otra la luna en el Oriente, y prestando oídos en medio de su inmensidad á la débil voz de su criatura; todo esto ni se puede pintar ni basta el corazon del hombre para sentirlo.

Pasemos á la escena terrestre. Una tarde me habia yo extraviado en un bosque á cierta distancia de la catarata de Niágara; poco después vi oscurecer el dia al rededor de mí, y gusté en toda su soledad del hermoso espectáculo de una noche en los desiertos del Nuevo Mundo.

Una hora después de puesto el sol, asomó la luna sobre los árboles en el horizonte opuesto. Una brisa alorosa que esta reina de la noche traia consigo del Oriente, parecia precederla como su fresco aliento en los bosques. El astro solitario subió poco á poco en el cielo: unas veces seguia apaciblemente su azulado carrera y otras descendia sobre grupos de nubes parecidas á la cumbre de las altas montañas coronadas de nieve. Plogando y desplegando sus velas aquellas nubes, se extendian en zonas difanas de blanco rosa, se dispersaban en ligeros copos de espuma ó formaban de deslumbraban y tan gratos á la vista, que parecia sentirse su blandura y elasticidad.

No era menos embalsadora la escena sobre la tierra: la luz azulada y matizada de la luna bajaba por los claros de los árboles y despedia manojos de luces hasta en la espesura de las mas profundas tinieblas. El rio que pasaba á mis pies se perdía á veces en el bosque y otras aparecia brillante como las constelaciones de la noche, que pintaba en su seno. En una vasta pradera que estaba al otro lado de este rio, dormia sin movimiento la claridad de la luna sobre su yerba.

Unos álamos blancos agitados por las brisas y dispersos en varias partes de la selva, formaban islas de sombras flotantes sobre un mar inmovil de luz. Al rededor todo era silencio y reposo, á excepcion de la caída de algunas hojas, del desapacible paso de un viento repentino y de los gemidos raros é interrumpidos del buho; pero á lo lejos se oian por intervalos los sordos bramidos de la catarata de Niágara, que en la calma de la noche se prolongaban de desierto en desierto y espiraban en medio de los bosques solitarios.

La grandeza y asombros melancolía de esta pintura no se pueden expresar con lenguas humanas, ni las mas hermosas noches de Europa pueden dar idea de ella. En vano intenta extenderse la imaginacion en nuestros campos cultivados, porque encuentra por todas partes habitantes

nes de hombres; pero en los países desiertos se complace el alma en sumergirse en un océano de bosques, en correr las orillas de los inmensos lagos, en dejarse llevar sobre el abismo de las cataratas, y, por decirlo así, en hallarse sola delante de Dios.

CAPÍTULO XIII.

EL HOMBRE FÍSICO.

Para concluir los conocimientos de las causas físicas ó las pruebas de la existencia de Dios sacadas de las maravillas de la naturaleza, solo nos resta considerar al hombre físico. Dejaremos hablar á los maestros que han profundizado esta materia.

Ciceron describe así el cuerpo del hombre: " Por lo que mira á los sentidos, por medio de los cuales llegan al conocimiento del alma los objetos exteriores, su estructura corresponde maravillosamente á su destino, y tienen su residencia en la cabeza, como en un lugar fortificado. Los ojos como centinelas ocupan el lugar mas alto, desde donde pueden hacer su oficio cuando descubren los objetos. Convenia tambien á las orejas un lugar eminente, por estar destinadas á recibir el sonido, que suena naturalmente. La misma situacion debian tener las narices, porque el olor suabe tambien arriba, y debian estar asimismo cerca de la boca, ea, porque nos ayudan á formar juicio de la comida y de la bebida. El gusto, que debe hacerse como percibir la cualidad de las cosas que comemos, reside en aquella parte de la boca por donde la naturaleza da paso á los sólidos y líquidos. Por lo que mira al tacto, está generalmente espaciado en todo el cuerpo, á fin de que no podamos recibir impresion alguna, ni de ser atacados del frío ó del calor sin sentirlo. Y al modo que un arquitecto no pone bajo los ojos ni la nariz del dueño los albañales de una casa; así tambien la naturaleza alzó de nuestros sentidos lo que hay parecido á esto en el cuerpo humano.

Pero qué otro operario sino la naturaleza, cuya destreza es incomparable, podia haber formado con igual arte nuestros sentidos? Ella ha rodeado nuestros ojos de túnicas muy delgadas y transparentes por delante, para que se pueda ver á su través; firmes en su tejido á fin de tener siempre dispuestos los ojos. Los formó resbaladizos y móviles, para evitar por este medio cuanto pueda ofenderlos y dirigir fácilmente sus miradas á donde quieran. La pupila en que se reúne lo que ocasiona la vision es tan pequeña, que se oculta sin trabajo

1 De Natur. Deor. II, 56, 57 y 58. trad. por de Oliscet.

á quanto pueda hacerle mal. Los párpados, que son la cubierta de los ojos, tienen una superficie suave y pulida para no herirlos. Sea que el miedo de algun accidente obligue á cerrarlos ó sea que se quieran abrir, están pronto á ejecutarlo sin necesitar mas que un instante para cualquiera de estos movimientos; están, por decirlo así, fortificados con una enfilada de pelos, que les sirve para rechazar cuanto venga á atacar á los ojos cuando están abiertos, y á cubrirlos para que descomiensen apaciblemente cuando los cierra el sueño, no y no son tútiles. Tienen además de esto nuestros ojos la ventaja de estar ocultos y defendidos por unas eminencias; porque de un lado, para detener el sudor que cae de la cabeza y la frente, tiene el año de las cejas, y por el otro, para libertarse por la parte de abajo, tienen las mejillas que sobresalen un poco. La nariz está colocada entre los dos como un muro de separacion.

En cuanto al oido, está siempre abierto por que tenemos necesidad de él aun cuando dormimos. Si le hiere algun sonido, nos despertamos. Tiene conductos tortuosos á fin de que no se introduzca en ellos cosa alguna, lo que sucedería si fuesen derechos y lisos. Pero nuestras manos de tanta comodidad nos son y de tanta utilidad para las artes, nos damos se alargan y se encogen sin la menor dificultad, porque son flexibles sus juntas. Con su socorro manegan las manos el piano y el arpa, tocan la lira y la flauta; está es en cuanto á lo agradable. En cuanto á lo necesario, cultivan campos, edifican casas, hacen telas, vestidos, trabajan en cobre y en hierro. El espíritu inventa, los sentidos examinan y la mano ejecuta; de tal modo, que ó bien estamos alojados, vestidos y á cubierto, ó bien vamos ciudades, murallas, habitaciones y templos, todo lo debemos á las manos, etc."

Es preciso confesar que la materia sola no hizo el cuerpo del hombre para tantos fines admirables, así como no ha sido compuesto este bello discurso del orador romano por un escritor sin elocuencia y sin arte."

Mauchos autores y en particular el médico Newenenty, han probado que los límites en que se hallan encerrados nuestros sentidos son los ver-

1 Ciceron tomó de Aristóteles lo que dice del servicio de la mano. Impugnando el Estagirita la filosofía de Anaxágoras, renovada por Mr. Helvecio, observa con asombrosa agudeza que el hombre no es superior á los animales porque tiene una mano, sino que tiene una mano porque es superior á los animales. (De part. Anim. lib. III, cap. 10.) Platon cita tambien la estructura del cuerpo humano como una prueba de la inteligencia divina (in Tim.), y Job tiene algunos versículos sublimes sobre el mismo asunto.

2 Eccl. de Dios, lib. I, cap. 13, p. 131.

daderos límites que les convienen, y que estarían mas expuestos á muchos inconvenientes y peligros si los sentidos tuviesen mas ó menos extension. Galeno, lleno de admiracion en medio de una anáflisis anatómica del cuerpo humano, deja caer de repente el scalpelo y dice: "Oh! tú que nos has criado! componiendo yo un discurso tan santo, pienso cantar un verdadero himno á tu gloria. Mucho mas te honro descubriendo la hermosura de tus obras, que ofreciéndote sacrificios de toros, ó llenando los templos de humo del mas precioso incienso. La verdadera piedad consiste en conocerme á mí mismo y enseñar después á los otros cuanto grande es tu bondad, tu poder y tu sabiduría. Tu bondad se manifiesta en la igual distribución de tus gracias, repartiéndolas á cada hombre los órganos que le son necesarios, tu sabiduría se ve en la excelencia de tus dones y tu poder en la ejecución de tus designios."

CAPÍTULO XIV.

INSTINTO DE LA PATRIA.

Así como hemos considerado los instintos de los animales, es preciso decir alguna cosa acerca de los del hombre físico; pero como reúne en sí los sentimientos de diversas razas de la creacion, como la terrera, paternal, etc., es preciso elegir uno que le sea particular.

El amor á la patria es el mas bello instinto afecto al hombre y el mas moral de todos los instintos. Si esta ley no estuviera sostenida por un milagro siempre subsistente y en el que así como en otros muchos no variamos la atencion, todos los hombres se irían á las zonas templadas dejando desierto lo restante del globo. Constáronse cuantas calamidades resultarían de esta estrechez del género humano reunido sobre un solo punto de la tierra. Para evitar estas desgracias, ha pegado la Providencia los pies de cada hombre á su nativo suelo por un iman invencible. Los hijos de la Islandia y las abrasadas arenas del Africa no se hallan sin habitantes.

Es tambien digno de consideracion que cuando mas ingrato es el suelo de un país, cuanto mas rigoroso es su clima, ó lo que vale lo mismo, cuantas mas injusticias y persecuciones se sufren en un país, tanto mas atractivo tiene para nosotros. Cosa extraña y sublime por cierto que se adhiere uno por la desgracia y que los que no han perdido mas que una pobre cabañita sean precisamente los que mas sientan la ausencia de la casa paternal! La razon de este fenómeno es que la felicidad y prodigalidad de una tierra muy fértil destruyen, enriqueciéndonos, la sencillez de los lazos naturales que se forman de nuestras

1 Véase la nota 12 al fin de la obra.

2 Géol. de Ussur. par. lib. III, cap. 10.

necesidades: cuando se deja de amar á los parientes porque no nos son ya necesarios, cesa entonces efectivamente el amor á la patria.

Todo confirma la verdad de esta observacion. Un salvaje tiene mas cariño á su barraca que un príncipe á su palacio, y un montañés halla mas atractivo en su montaña que el habitante de una llanura en sus sueros. Preguntad á un pastor escocés: ¿á que quiere cambiar su suero por el del primer potentado de la tierra? Distante de su querida tribu, lleva á todas partes la memoria de ella; en todas pregunta por sus rebaños, sus torrentes y sus riberas. No aspira mas que á comer pan de cebada, á beber leche de cabras y á cantar en el valle las canciones que cantaban sus abuelos. Muere si no vuelve á su lugar nativo. Es una planta de las montañas cuya raíz es preciso que vegete en la peña; no puede prosperar si no la combaten los vientos y las lluvias; la tierra, los abrigos y el sol de la llanura la hacen perecer.

¿Con qué alegría volverá á ver su techo de ramas! ¿cómo visitará todas las santas reliquias de su indigencia!

Dulces tesoros, dice, caras prendas, De envidia libres y de torpe engaño, Ya á vosotros me vuelvo. Cual de un sueño, De estos rios alcázares salgaos.

¿Y quién será mas feliz que el esquimal en su espantosa patria? ¿Qué cotojo tendrán para él las flores de nuestros climas con las nieves de la tierra del Labrador, ni todos nuestros palacios en comparacion de su ahumado agujero? Se embarca en la primavera con su esposa sobre un alto flotante: arrastrado de las corrientes, llega en otra mar á aquel trono del Dios de las tempestades. La montaña balancea sobre las ondas sus cumbres luminosas y sus árboles de nieve. Los lobos marinos se entregan al amor en sus valles, y las ballenas acompañan sus pasos sobre el negro Océano. El atrevido salvaje, sobre su casco móvil, en medio de la espuma de las olas cello del torbellino de los vientos y nieves, estrecha sobre su corazón á la mujer que Dios le ha dado, y encuentra en ella una alegría desconocida en esta mezcla de delicias y peligros.

No juzgareis que faltan á aquel salvaje poderosas razones para preferir su país y su estado á los nuestros. Por degradada que aparezca su naturaleza, se reconoce en él ó en las artes que practica alguna cosa que descubre á la dignidad de hombre. El europeo se pierde todos los días en un navío, obra maestra de la industria humana, en la misma orilla en que el esquimal flotando en una piel de torera marina, se rio de todos los peligros. Unas veces oye bramar el Océano que á cien pies de altura cubre su co-

1 Véase Charlevoix, Hist. de la Nueva Francia.

beza; otras sube hasta los cielos sobre la cima de las olas: se divierte en las ondas como un muchacho que se mece sobre dos ramas unidas en las apacibles espesuras de un bosque. Colocando Dios á aquel hombre solitario en la región de las tempestades, le ha dado una señal de su dignidad real. "Vé, le dice, en medio del torbellino, hombrado desgraciado, yo te eché descendiendo sobre la tierra; pero á fin de que por miserable que seas no puedas desconocer tu alto destino, domarás con una esta los monstruos del mar y pondrás bajo tus pies las tempestades."

De este modo la Providencia, aficionándonos á la patria, justifica sus caminos, y nosotros tenemos muchas razones para amar á nuestro país. El árabe no olvida jamás el pozo del camello, la gaesla, y sobre todo el caballo, compañero de sus correrías. El negro se acuerda siempre de su choza, su azagaya, su banano y del sendero de la cebra y del elefante.

Se dice que un paje de escuela inglés había concebido tanto afecto á un navio á cuyo bordo había nacido, que no podía sufrir verse separado de él un momento. Cuando le querían castigar le amenazaban con que le echarían á tierra; entonces él iba á esconderse al fondo de la cala dando gritos. "¿Quién había dado á este marinero aquella inclinación tan singular á una tabla combatida de los vientos? Seguramente no eran ningunas conveniencias puramente locales y físicas. ¿Eran pues algunas conformidades morales entre los destinos del hombre y los del navio? ¿hallaba él, por decirlo así, algún embleso en concentrar sus penas y alegrías en su cuna? El corazón ama naturalmente el cerrarse; cuanto menos se muestra por fuera, menos superficie presenta á las heridas; por esta razón los hombres muy sensibles, como lo son generalmente los desgraciados, apeteen los rotivos pequeños. Lo que el sentimiento gana en fuerza lo pierde en extensión; cuando la república romana acababa en el monte Aventino, sus hijos moraban con alegría por ella; pero cesaron de amarla cuando sus límites llegaron hasta los Alpes y el Turo. Algún motivo de esta especie era sin duda el que alimentaba en el galopin inglés aquella predilección que tenía á su navio paternal: como pasajero desconocido sobre el océano de la vida, veía sublevarse todos los mares entre él y nuestros dolores; ínter en no descubrir sino de lejos las tristes riberas del mundo y en acabar aquí abajo su viaje sin poner el pie en la tierra!

En los pueblos civilizados hizo prodigios el amor á la patria. Siempre en los designios de Dios hay una serie; fundó sobre la naturaleza el afecto al lugar nativo: el animal participa en cierto grado de este instinto con el hombre; pero este le extiende mas lejos y trasforma en virtud lo que no era mas que un sentimiento de conveniencia universal. De este modo las leyes físicas y morales del universo se conservan por un

encadenamiento admirable. Dudamos que pueda ser posible tener una sola virtud verdadera y un solo verdadero talento sin amor á la patria; en la guerra hacen prodigios esta pasión y en las letras es la que formó á Homero y á Virgilio. El poeta ciego pinta con preferencia las costumbres de la Jónia, donde nació, y el cismo de Mantua no vive sin acordarse de su lugar nativo. Nacido en una cabaña y arrojado de la herencia de sus abuelos, parece haber influido singularmente estas dos circunstancias sobre su ingenio: ellas le dieron aquel carácter melancólico que forma una de sus principales gracias; recuerda continuamente aquellos acontecimientos, y se ve que se acuerda siempre de aquel Argos donde pasó su juventud.

Et dulces moriens reminiscitur Argos!

Pero la religión cristiana vino todavía á dar al amor de la patria su verdadera medida y su verdadera hermosura. Este sentimiento ocasionó delitos entre los antiguos, porque fué excesiva su extensión. El cristianismo hizo de él un amor principal y un amor exclusivo: ante todas cosas nos manda que amemos justos; quiere que amemos á la familia de Adán por ser la nuestra, aunque nuestros conciudadanos tengan el primer derecho á nuestro afecto. Esta moral estaba desconocida antes de la misión del Legislador de los cristianos, y es un error decir que quiso anular las pasiones, porque Dios no destruye lo que ha creado. El Evangelio no es la muerte del corazón, sino una regia; corresponde á nuestros sentimientos del mismo modo que el gusto á las bellas artes; quita de ellos lo que pueden tener de exagerado, de falso, de común y de trivial, y les deja lo que tienen de bello, de verdadero y de sabio. La religión cristiana bien entendida no es otra cosa que la naturaleza primitiva limpia de la mancha del pecado original.

Cuando nos vemos distantes de nuestro país, entonces es cuando con especialidad sentimos el instinto que nos une á él. A falta de realidad procuramos lisonjarnos con sueños, porque el corazón es muy experto en engaños; y cualquiera que haya sido alimentado al seno de la mujer, ha bebido la copa de las ilusiones. A veces es una cabaña la que se dispone como casa paternal; otros un bosque, un vallecillo ó una colina, á quienes se da aquellos dulces nombres de la patria. Andrómaca concede á un arroyo el nombre de *simois*. "¿Qué verdad tan tierna se halla en este pequeño arroyuelo que recuerda un gran río de la tierra natal! Cuando estamos distantes de las orillas que nos han visto nacer, toda la naturaleza se disimula y no es mas que la sombra de la que hemos perdido."

Otro ardor del instinto de la patria es hacer un grande aprecio de un objeto de poco valor en si

1. An. lib. X, v. 782.

mismo que vino de ella y le hemos traido al desierto. "Parece que el alma se derrama hasta sobre las cosas inanimadas que han tenido parte en nuestros desinos. Una parte de la vida queda ligada á la almohada donde dormitó nuestra cuna; y sobre todo á la paja que contó las vigillas de nuestras desgracias. Las llagas del alma, así como las heridas del cuerpo, dejan su impresión en todo cuanto tocan.

El pueblo tiene una expresión energética para pintar aquella languidez que experimenta el alma fuera de su patria, diciendo: *Este hombre tiene el mal del país*, y es verdaderamente un mal que no se puede curar sino restituyéndose á él. Pero por pocos años que dure la ausencia, ¿qué se encuentra en los lugares que nos han visto nacer? ¿Cuántos hombres existían de los que dejamos vivos? Allí vemos sepulcros donde antes había palacios; en otra parte vemos palacios donde antes había sepulcros. El campo paternal se hallaba cubierto de zarzales ó surcado por un arado extraño, y derribado aquel árbol á cuya sombra fuimos alimentados.

Había en la Luisiana una negra y una salvaje esclava de dos colonos vecinos. Cada una de ellas tenía un hijo; la negra una hija de dos años y la india un niño de la propia edad que murió luego. Habiéndose citado las dos desgraciadas en un sitio desierto, concurrieron á él tres noches consecutivas: la una llevaba su hijo muerto y la otra su hija viva; la una su *maná* y la otra su *fetiche*. No se admiraban de ver en sí mismas una propia religión siendo ambas miserables. La india hacía las honras de la soledad: "Este es el árbol de mi país, decía á su amiga; sentádate á para llorar." En seguida ponían sus hijos sobre una rama de catalpa y los mecían juntos cantando canciones de su país.

¡Ah! estos juegos maternales que adormecían muchas veces la inocencia, no podían despertar la muerte. Así se consolaban aquellas dos mujeres que habían perdido su hijo y su libertad la una, y su libertad y su patria la otra; el mismo dolor sirve de consuelo.

Cuéntase de un francés que precisado á abandonar su patria en la época ominosa del terrorismo, había comprado una barca sobre el Rin con el poco dinero que le quedaba. Alojado en ella con su mujer y sus hijos, de nadie recibía acogida por su pobreza. Cuando le arrojaban de una orilla, pasaba sin quejarse á la otra, y muchas veces perseguido en ambas, se veía en la necesidad de andar en medio del río. Alimentaba á su familia con la pesca; pero aun este socorro de la Providencia se lo disputaban los hombres. Valiase de la oscuridad de la noche para coger yerbas secas con que encender fuego, dejando á su esposa entre congojas mortales hasta que volvía. En fin, reducido á ser salvaje en medio de cuarenta naciones cultas, no veía en el globo ni siquiera un pie de tierra donde atreviese á poner la

planta, y errante en las fronteras de la Francia, cifraba su único consuelo en respirar el aire que había pasado por su patria.

Si nos preguntaran cuales son aquellos fuertes lazos que nos estrechan al lugar nativo, condescendamos ingenuamente que apenas se nos ofreciera respuesta. Acaso será la sonrisa de una madre, de un padre ó de una hermana; tal vez la memoria de un preceptor viejo que nos educó, ó de los jóvenes compañeros de nuestra infancia; puede ser que los cuidados que debemos á una buena nodriza, á un antiguo criado, parte tan esencial de la casa (*domus*), ó en fin, otras circunstancias que son las mas sencillas, y aun si se quiere las mas triviales, como un perro que ladraba de noche en el campo, un risetero que venía todos los años al jardín, el nido de una golondrina junto á una ventana, el campanario de la iglesia que se veía por encima de los árboles, el tojo del cementerio y el sepulcro gótico, que es todo aquello que se puede atribuir. Pero estos pequeños me que Dios manifiestan tanto mejor la realidad de una Providencia, cuanto no pudieran ser el origen de las grandes virtudes patrióticas si Dios no lo hubiera ordenado así.

LIBRO SEXTO.

INMORTALIDAD DEL ALMA, PROBADA POR LA MORAL Y EL SENTIMIENTO.

CAPÍTULO I.

DESEO DE FELICIDAD EN EL HOMBRE.

Aun cuando no hubiera nas pruebas de la existencia de Dios que las maravillas de la naturaleza, son tan fuertes estas pruebas, que ellas solas bastarían para convencer á cualquier hombre que busque la verdad. Pero si los que niegan la Providencia no pueden explicar sin ella los milagros de la creación, mucho mas embarazados se hallarían cuando les sea preciso responder á las objeciones de su propio corazón. Negando al Ser Supremo, se ven obligados á negar también otra vida; mas sin embargo, su alma los agita, se presenta á cada instante delante de ellos, y les fuerza, á pesar de los sofismas, á confesar su existencia y su inmortalidad.

Que nos digan por de contado ¿de dónde les viene el deseo de felicidad que les atormenta? ¿el alma muere en el sepulcro? Todas nuestras pasiones terrenas se pueden saciar fácilmente; el amor, la ambición y la gloria tienen una plenitud de *gozo* seguro. La necesidad de felicidad es la única que no tiene satisfacción ni objeto, porque no se sabe qué cosa es esa vaga felicidad